

Mi lorito parlanchín y otros cuentos



*Textos de Antonio Goicochea Cruzado
Dibujos de Johnny Becerra Becerra*

Becerra

Bienvenida a “Mi lorito parlanchín y otros cuentos”

Antonio Goicochea Cruzado es uno de los pocos autores cajamarquinos que cultiva, con excepcional maestría, tanto la narrativa como el verso.

Su último libro de cuentos **“Mi lorito parlanchín y otros cuentos”** –que todavía no ha sido presentado– pasa a integrar desde ahora la [Biblioteca Virtual "Cajamarca"](#) y le damos una cordial bienvenida porque nutre, enriquece y agranda esta colección de libros de autores cajamarquinos.

Expresamos nuestra sincera felicitación al Prof. Antonio Goicochea por legar a Cajamarca otro de sus libros que enriquecen la cultura de nuestra Región y del Perú.

Finalmente, expresamos también, a este prolífico escritor y poeta [Antonio Goicochea Cruzado](#), nuestro profundo agradecimiento por obsequiarnos y permitirnos su difusión, que sin escatimar espacio ni esfuerzo alguno, los desarrolladores de la web www.cajamarca-sucesos.com ponen a disposición de todos los hogares de habla hispana la esta 1ra. Edición en formato pdf.

Juan C. Paredes Azañero

Cajamarca, 31 de enero de 2013

**A don César Armando Romero
Tejada y a don Diego Chico Segura, mis
profesores de Transición y de Cuarto
Año, respectivamente, a quienes admiré,
admiro y traté de imitarlos en mi
quehacer docente.**

Antonio

SUMARIO
PRIMERA PARTE
MI LORITO PARLANCHÍN

Mi lorito parlanchín	6
Mi lorito parlanchín	7
Mi gatito	9
Manuelito el ladrillero	12
Las almitas tienen pies como de palomitas	17
La comida más exquisita	23
El vendedor del balay	27
Gardenia, la reina de la primavera	30
Las tías tacañas y la sobrina obsequiosa	36
Los venados y el buey	43
César, el comprador a precio justo	47
Clavel carmesí	52
El canto de las chicharras, la disquisición	55
La vanidosa rosa negra	57
Velay, agarró maña el mitayo	60
Paranoia colectiva	65
Florecer en Cajamarca	71
Las penitentes	74
El bautizo	78

SEGUNDA PARTE

OTROS CUENTOS	82
En la tranquilidad del bosque, en una noche	
Estival	83

La ayuda implorada	86
La chancaca, una dulce venganza	91
Josefina	97
Sequía en Condorumi	105
El loco de los atardeceres	113
El botiquín del gallero	117

TERCERA PARTE:

RELATOS Y ANÉCDOTAS	123
Los carpinteros y los difuntos	124
Los transportistas de Algamarca	127
El quince de julio	130
Te la cambio por una torreja	134
La yatama	137
No sabían de qué ha vivido...	140
La hermosura	142
El adivino sorprendido	144

**PRIMERA PARTE
MI LORITO PARLANCHÍN**

Germán dejaba pasar la tarde mirando el atardecer. A la luz crepuscular vio que los loros, en bandada, hacían su recorrido dejando los maizales del norte hacia el sur donde al calor del temple pasarían la noche en las oquedades arcillosas de una ladera.

-Son loritos que salen de la escuela y van a su casa a descansar, decía la abuela a su nieto.

Germán, recorrió en su mente los momentos pasados en su escuela, los juegos con los compañeros y también sus bromas, las clases de su maestro al que admiraba. Recordaba a la “Lora Aurora”, que a la salida de los niños de la escuela, se solazaba en su atril gritando “*Aurora, Aurora,...*”, que los pequeños celebraban imitando sus gritos “*¡Aurora, Aurorita!*”

Quiso tener un loro, recordó que papá le había contado que en el valle ponen lana en las mazorcas de maíz y cuando los loros van a comer choclos se enredan en la lana y quedan atrapados. Marcelina le dio lana escarmenada para que facilitara la caza. Tempranito fue al maizal y colocó la lana en choclos que estaban prontos a ser cosechados. Por la tarde, una bandada de bulliciosos loros se posó en el maizal. Cuando Germán acompañado de Sandor, con sus cabrioleos y guau guaus, fueron a la chacra, los loros alzaron vuelo, pero ocho quedaron atrapados en las lanas.

Escogió el que le parecía mejor y liberó al resto. Con tijeras, Marcelina, la cocinera de la casa, cortó las plumas más grandes, y dejó al loro en el patio de la casa. No podía volar.

Marcelina, le había dicho que los loros aprenden a hablar cuando se les da de tomar vino y comer bizcocho; Germán, convencido, pidió a su papá que le trajera vino y bizcochos del pueblo.

Y el loro, aprendió a hablar, aprendió a decir palabras como “*Toto, Toto come poroto*”, cuando Alberto pasaba cerca a la casa y el muchacho le tiraba choloques en señal de rechazo; o “*el chancho de Marcelina*”, cuando la cocinera iba al chiquero a alimentar a los cerdos. Floro, será su nombre, dijo, y Floro le llamaban todos.

Un día que Germán tenía en manos a su lorito, éste trepó por su brazo derecho y se posó en el hombro. El niño no se movía para que el lorito permaneciera allí tranquilo, pero cuando tuvo que acudir al llamado de Marcelina, caminó desprevenido sin embargo el verde animalito seguía con él. Desde ese día, posado en el hombro lo acompañaba a donde iba.

El niño estaba orgulloso con su loro. *¡Loro, lorito, lorito mucho floro!*, le gritaban los niños, tantas veces que un día al ver pasar a los niños, desde el hombro de su dueño gritó: *¡Loro, lorito, lorito, lorito mucho floro!*, los niños en barullo se arremolinaron junto a ellos y lo festejaron con risas y aplausos.

Una tarde en que los loros volvían de la escuela, como decía la abuela, Floro los miró nostálgico, recordó

su vida gregaria, retomando su canto antiguo, abrió las alas, que ya tenían plumas crecidas, las batió con fuerza y cantando, se unió a la bandada.

Germán quedó triste, pero pensaba en lo que decía su padre: *“aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión”*, y en sus disertaciones de que *“en el mundo todos los seres, hombres, animales e insectos, cumplen un papel determinado para que la naturaleza siguiera viva”*.

Su alegría volvió cuando en las vacaciones del año siguiente, la bandada de loros pasó por la campiña coreando: *¡Loro, lorito, lorito, lorito mucho floro!* ■

MI GATITO



Tiene mi gato un nombre oriental: Sultán. Es un gato de piel atigrada; de raza no definida, de los que llaman chuscos.

Cuando mi abuelito, aprovechando la tarde solariega, dormita en su mecedora a la sombra del duraznero de la casa, mi gatito duerme a sus pies y plácido

ronronea. Si le alzo la patita parece no sentir.

Sube arañando las paredes, corre en los tejados persiguiendo a los ratones. Es un acróbata. Cuando cae, aún de espaldas, siempre parado llega al suelo.

Al ver a su presa, sus orejas son radares que antenean; se agazapa cauteloso y espera paciente. Sale el ratoncillo distraído, y mi gato es una saeta disparada. Lástima para él, el ratoncito llega a su madriguera.

El otro día pasó un perro callejero, al ver a mi gato, le ladró desafiante. Mi gato curvó el espinazo, se le

erizaron los pelos y gruñó patético. El perro que no esperaba tal respuesta, sorprendido siguió, mohíno, su camino.

MANUELITO EL LADRILLERO

A sus seis años, Manuelito, como todos los días, a las cinco de la mañana, cuando el amanecer está entre claro y oscuro, deja su camita para mudar¹ a los bueyes. Los llanques protegen a sus pies de la shilla² del camino pero no del frío mañanero. Sus pies están pispados del frío y del lodo. Desde los tres años ayuda a su padre en la ladrillera; primero fue alcanzando el baldecito con agua y trapo para empapar la gavera, después, enfilando los ladrillos ya duros para que se sequen mejor, ahora cortando barro y moldeando ladrillos.

Hacía dos días que habían dejado los terrones de tierra arcillosa en el pozo anegado para que se humedeciera.

¹ Mudar. Cambiar de lugar en el potrero a los animales para que aprovechen pasto nuevo.

² Shilla. Piedrecita menuda, generalmente de aristas cortantes.

Después tomar el verde³ su padre preparará el barro. Manuelito cortará⁴ ladrillos. Hoy no irá a la escuela.

Manuelito trae los bueyes, alcanza el arado y la coyunta a su padre. El padre se saca los llanques e incita a los toros a meterse al pozo. Allí les coloca los aparejos.

La yunta, ya uncida, es azuzada para que inicie el sin fin de vueltas que dará hasta que la arcilla se haya suavizado y convertido en una masa uniforme.

Es de suerte que en El Cerrillo la tierra no necesite el agregado de arena para lograr la consistencia necesaria porque su cantera ya la tiene.

Dejarán unos diez días el barro cubierto con ramas para que no se seque y madure.

Mientras su padre trabaja con la yunta, Manuelito va al cobertizo a cortar los ladrillos del barro preparado días antes.

Con un atado de ramas de eucalipto barre el suelo; luego humedece la gavera, piensa en la mejor manera de enfilear los ladrillos, y como empírico topógrafo la coloca según su mejor criterio, respetando el espacio de trabajo del obrero que le ayuda a su padre.

De la carretillada de barro dejada por su padre, arranca un poco y lo deposita en la gavera; con sus piecitos descalzos pisa la arcilla para apretujarla; la

³ Verde. Caldo de chamca, yerbabuena, paico u otra hierba aromática, con papas y huevos.

⁴ Cortar barro. Es arrancar trozos de barro para confeccionar ladrillos o cacharros.

perfila con una regla de madera mojada, con agua, iguala la masa con sus manitas y jala con fuerza la gavera. Dos ladrillos quedan en el piso.

Sin embargo, tiene que cuidar sus manos, no vaya a ser que se le infecte la herida que le quedó en la mano izquierda cuando se le introdujo una astilla al alcanzar leña para preparar la quema en el horno.



Repite esta rutina una y otra vez hasta acabar con la carretillada. Cuando avisa a su padre que necesita más arcilla, éste le abastece de más barro.

Para aplacar la sed que le da el trabajo, su madre le alcanza refresco de limonada. Su padre recibe chicha de jora.

A las once y media de la mañana, la mamá les llama a la cocina. Degustan en armonía los ollucos, que despiden vapores en los mates, quesillo en una lapa que además presenta dulces ocas nadando en miel de chancaca.

La tarde sigue igual. La jornada con el barro termina a las cuatro de la tarde.

Sueltan a la yunta y Manuelito lleva a los toros a pastar. Hasta poco antes del anochecer cuidará de ella.

Con el orgullo del hijo que ayuda al patrimonio de la casa, da término a su jornada.

Mañana será otro día, quizá tendrán que alzar ladrillos al camión pues irán a Cajamarca a venderlos, hace un mes los quemaron y nadie viene a comprárselos.

A las siete de la noche, ya duerme plácidamente.

¿Soñará acaso con yuntitas de arcilla y arado hechos por él; con bolitas de arcilla, rojitas después de la quema, con las que jugará con sus compañeritos en la escuela? ¿Soñará también que con su trabajo terminarán los apremios económicos de su casa? ■

**LAS ALMITAS TIENEN PIES COMO DE
PALOMITAS**

-Apúrense muchachas que se pasa el concho y ofrendas vinagres nadie compra, decía doña Catita a Carmela, Juana y Jesús; -Y tú Santiago, arma escobas para barrer el horno.

Todo ha sido dispuesto de antemano: el concho está fermentando desde ayer con la harina primera, la leña seca está preparada en el horno, lista para arder, las latas brillando de limpias, la mesa enjuagada, la ishculpa, los manteles, la sal, el azúcar y el chocolate esperan el momento en cumplir su función.

Doña Catita en el cuenco de su mano toma un poco de concho y masa primera, la acerca a la nariz y sentencia:

-¡Está en su punto, a preparar toda la masa!

Con diligencia agrega harina a la batea, agua tibia con sal, y con diligentes manos hace una masa homogénea. La cubre con un mantel y la deja reposar.

Con destreza de vieja amasijera, ayudada por chamiza recogida por Santiago en el Antimo, en sus correrías de cazador de tórtolas y palomitas, prende la leña en el horno. En la tronera han coloca el cántaro en el que se preparará el chocolate espumoso que con las cachangas que hicieron con la masa del amasijo se tomará para hacer más grata la madrugada.

Ña Catita, extiende la masa sobre la mesa, la soba, persiste, agrega manteca y más harina hasta lograr una masa homogénea; con manejo magistral de la ichirca corta la masa en porciones pequeñas que las va colocando sobre un mantel para que luego de darles

forma se dejen fermentar lo suficiente como para ingresar al horno.

Se preparan para las niñas del pueblo los bollos con



los moldes que prestó doña Gringa Emilia; para los niños en cambio, toros de masa de bizcocho abrillantados con yema de huevo y azúcar y para los difuntos las ofrendas de las más diversas formas: estrellitas, bollitos, toritos, caballitos y palomitas con ojitos de trigo tostado hasta hacerlos negros.

Santiago se esmera en adornar su toro, con lazo, con volutas; y, dorado con yema de huevo y azúcar, tan grande quedó el toro que ocupó una lata. Estaba orgulloso de su obra.

Ya con las primeras luces del día un olor a pan recién salido del horno inunda el ambiente y es momento de despachar a quienes vienen a comprar el pan para el desayuno, las ofrendas se venderán después.

Doña Catita decía a todos que -Las almitas que hoy recordemos vendrán, las que no las tenemos en recuerdo, ni se molestarán en venir a nuestra mesa de ofrendas, recemos por eso con devoción pensando en nuestros seres queridos que se fueron al cielo antes que nosotros; pero también oremos por los difuntos que no tienen quien les diga un recito siquiera, que a sus oídos lleguen nuestras plegarias. Iremos al cementerio, llevaremos el agua que bendijo ayer el curita Bartolini, compraremos coronas de flores de oropel que está vendiendo Ña Nelly, y, en la Pampa de San Juan compraremos las velitas que vende el Santiago, y en el Campo Santo pediremos a la mamita Úrsula que diga un responso buenazo, de los bien pagaos, con canto y todo. Par'eso el Santiago ayer limpió el nicho de mi mamita.

Dejemos solitas a la ofrendas pa' que las coman las almitas.

Santiago, a pesar de ser acólito de la parroquia, no cree que sean las almitas las que se comían las ofrendas.

Doña Catita tenía viva en la menta la homilía que el año pasado dijo el curita Bartolini: Señor Jesús, que cada uno de nosotros vayamos al cielo para amarte y alabarte por los siglos de los siglos. Recemos para que Él nos acoja en su misericordia. Recordemos a nuestros fieles difuntos. Amén

Y el Santiago pensando en la venta que hará de las ceras y los fósforos que el Gringo Aníbal le dará en consignación:

-¡Cera, cera capotera pa' la viuda y pa' la soltera!,
¡Que esta cera no es del gobierno, quien no lo compra se va al infierno!,

Y volverán a escuchar el acordeón, el violín y los cantos:

Almas a la gloria,
vámonos allá
a gozar la ciencia
de la Trinidad.

En el oratorio de la casa, en la mesa se luce el blanco mantel que hizo la Chabela. Sobre él se han colocado los candelabros que don Ananías vendió para el efecto, y las velitas arden atrayendo en derredor a las

polillas; y, cerca a la imagen del Cristo, las ofrendas para las almitas que vendrán a media noche a comerlas.

-Tocarán y olerán las ofrendas y como si las comieran se llenan y satisfacen. Pero para ver si las oraciones han alcanzado nuestros deseos cerniremos ceniza en el suelo para que se vean sus huellas, decía convincente la mamá.

Amaneció luminoso. Todos en casa se levantaron tarde. El rezo, el café y el comentario de sobremesa los había agotado.

-Levántate Santiago, don Luchito se antojó de tu toro pa' su hijito, y por no venderlo dije que costaba cinco soles, carazo pue, y él muy orgulloso sacó su billetera y me pagó. Levántate y con eso compra lo que quieras.

Aunque con pena de no lucir su toro en la patota de La Matanza: el Vaquita, el Loba, el Emigdio, el Meyengue, el Polo Cashpa, el Hugo Quispe y las siempre recelosas miradas del Agustín, aceptó el billete verde.

Antes del desayuno y de ir a realizar la venta del atado de velas y de los fósforos, Santiago abrió la puerta del oratorio y fue a ver a las ofrendas.

-Las ofrendas ya no tienen los ojitos de trigo y en el piso hay huellas de patitas de palomas. Dijo Santiago.

Como adivinando sus pensamientos: -¡Si hijo!, dijo doña Catita, ¡las almitas tienen pies como de palomitas!, contentémonos de que nuestras almitas nos visitaron anoche.

LA COMIDA MÁS EXQUISITA

Don Francisco Sifuentes, profesor de la sección, como aplicación de lo aprendido en los talleres de capacitación de la especialista en comunicación, había explicado sobre las condiciones para defender con eficacia una idea, el arte y técnica de la argumentación es presentar las bondades o atributos positivos del hecho o cosa a patrocinar. Por lo que los alumnos pondrían en práctica las enseñanzas impartidas. Ese día se había designado como directora de debates a Magdita.

Magdita formó los equipos de trabajo y pidió que escogieran la comida de su predilección y que nombraran

a quién debería de exponer en el pleno las bondades de la misma.

-La comida más exquisita son los chicharrones de chancho con mote pilpa, argumentaba Gilmer Cruzado, ante sus compañeros de quinto grado de la escuela pública de Huagal, como demostración de su capacidad de argumentación y continuaba -La vista se alegra al ver un chicharrón dorado, las fosas nasales se expanden para poder captar aquellos aromas de carne frita en tiesto y en fogón de leña, en la boca se esparcen los sabores de esa carne que está pronta a pasar por el guargüero.

Una salva de aplausos saludó el aserto de Gilmer.

Emilio Gaona, pidió la palabra, pasó al frente, junto al escritorio del profesor y dijo:

- Aunque humildito: un mate con papas huagalinas sancochadas –que se han abierto y muestran cual yemas de



huevo, su interior-, quesillo recién cuajado, y huacatay molido con rocoto es lo más exquisito. Para orgullo nuestro la huagalina es papa nativa, de acá, donde hemos nacido, el quesillo es cortado por nuestras mamás, el huacatay y el rocoto se da en los huertos de nuestras casas, solo la salsita, Dios la bendiga, la traen del mar. ¡No hay comida alguna que le gane a esta comida!

La argumentación llegó a las fibras internas, a los corazones, al ego de los huagalinos. Aplaudieron con más fuerza que para la sustentación anterior. Parecía que no habría una argumentación con más sustento y que ganaría Emilio, sin embargo, Segundo Cotrina, salió al frente y expresó:

-Señor profesor, compañera moderadora de debates, queridos compañeros: la comida más exquisita es el ajjaco de cuy. Como todos sabemos el cuy es originario de los andes, la papa es de aquí, el rocoto es peruano. Este plato es un regalo para la vista. Ver a un cuycito, doradito, brillando de gordo, con sus papas huagalinas, es un deleite para la vista. Ni que hablar de los sabores, no hay comida en todo el Perú, con mayor y concentrado sabor que un cuy con un picante de papa huagalina.

Otra vez los aplausos, pero esta vez a rabiar, hasta se escuchó una barrita: *¡Viva la papa huagalina, ra, ra, ra!*

La moderadora de debates con opinión favorable de los alumnos dio por ganador a Segundo y su ajjaco de cuy. Sin embargo cuando éste se dirigió a su asiento se le escuchó decir:

-¡Pero, qué ricos que son los chicharros!

Con autoridad y suficiencia, Magda Urbina, moderadora del debate, intervino:

-Señor profesor, compañeros, la excelente fundamentación del compañero Segundo acaba de ser anulada por su última afirmación, por lo que la argumentación sobre los chicharros, con la aceptación de todos, es la ganadora.

El aula en pleno dio su aprobación. ¡Chicha, chicha, chicharrita; chicha, chicha, chicharrón!■

EL VENDEDOR DEL BALAY

Fernando, era el brigadier de aula en la escuela primaria, como los profesores de turno semanal, determinaban la salida de los alumnos a casas de las secciones que mejor formaban fila, cuidaba que sus compañeros cooperaran y logaran la mejor formación posible. A la guía de Fernando, su sección era la que comúnmente salía antes que otras. Necesitaba salir primero.

Fernando, iba corriendo a la pastelería del pueblo, donde el panadero le tenía el balay listo para la venta. No contaba siquiera la cantidad de lo que llevaba, confiaba plenamente en su proveedor. Así como que las cuentas las rendía a diario con satisfacción para ambos. El ganaba el treinta por ciento del total de las ventas. Bueno es decir que era el niño que en clase mejor realizaba los cálculos en los problemas que planteaba el profesor.

Los funcionarios de los sectores de gobierno y particulares a mediodía recibían la visita de aquel niño, alegre, que con un balay lleno de aromas de pan fresco y dulcería los visitaba. Recién, cuando terminaba su recorrido, que la mayoría de veces concluía con un balay vacío, iba a



su casa a almorzar.

Era el niño que a sus diez años, sin recibir propina, disponía de unos soles para cubrir sus necesidades de escolar; y, adquirir alguna ropa. Era orgullo de su casa y admiración de los compañeros. Solidario como ninguno, cuando creía haber tenido una venta excepcional, compartía sus ganancias con sus amigos más cercanos.

Finalizó satisfactoriamente el quinto año de educación primaria. Los demás niños de la sección hacían proyectos para sus estudios secundarios. Sin embargo Fernando recibió la triste noticia de parte de su madre: en la casa no había medios económicos para que siguiera estudios secundarios, por lo que tendría que abandonar los estudios y dedicarse a trabajar.

La sorpresa la dio cuando al inicio del año escolar, se tuvo la noticia que él sería el único niño del pueblo que iba a estudiar secundaria en Lima. Sus ahorros le permitirían sufragar sus estudios holgadamente por un año.

Concluido ese año de estudios, a la dirección de la escuela, llegó una copia fotostática del diploma de honor que recibió al finalizar el año, con una carta en la que agradecía a sus compañeros, a su profesor y al director por haber contribuido a su bienestar. ■

**GARDENIA, LA
REINA DE LA
PRIMAVERA**

La escuela vivía
una algarabía general.



Todos los profesores habían iniciado la preparación para celebrar la primavera, este año mejor que ninguno anterior. Llegará la primavera con un sol esplendoroso, con una temperatura ambiental que alegrará nuestros corazones, decían.

Para que la celebración sea completa es necesario elegir a una reina, por tal motivo se nombró una comisión de maestras y madres de familia a que organizaran la elección. Acordaron que, diferente a años anteriores, la elección se realizara con la venta de votos. Con el dinero recaudado se sufragarían los gastos de la confección del carro alegórico para el corso. Aunque el costo de cada voto sólo sería de diez centavos, tuvo, por un lado, aceptación; y, por otro, un manifiesto rechazo. Al final todos aceptaron la venta.

Se inició la inscripción de candidatas. Angélica María, Carolina, Marisol, Yovana, María Esther, Rosario y Gardenia, que representarían a las secciones de Transición, así como Primer, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto Año, respectivamente.

Niñas y niños vendían, entusiastas los votos. Pronto se vio que Gardenia, hija del Gobernador, tenía más votos vendidos. Sin embargo todos estaban de acuerdo que Rosario, la representante del Cuarto Año era la más bonita, la que gozaba de más simpatía. Para lograr mayor votación y ganar a Gardenia, las secciones unieron sus votos contra el Quinto Año. El gobernador, herido en su dignidad y orgullo, mandó comprar el doble de los votos reunidos por las otras secciones, con lo cual hizo ganar en la elección a su hija.

Alumnos y padres de familia se sentían traicionados, el maldito dinero, decían es el que siempre triunfa. Sin embargo aceptaron los resultados.

Teniendo reina elegida, los profesores rivalizaban en preparar de la mejor manera a sus alumnos. Del aula del Cuarto Año salían las notas de esta bella canción:

*La bella primavera
de verde se vistió,
vio a Otoño con invierno
bailando el rigodón.*

*Bailar no quiso Estío,
y dijo socarrón:
Bailad, bailad,
que me sofoco yo.*

En cambio en el Quinto Año, se preparaba la poesía coral de Jaime Torres Bodet:

LA PRIMAVERA DE LA ALDEA

*La primavera florida
bajó esta tarde a la ciudad,
con su historia vivida
y sus vestidos de percal.*

*Traía nidos en las manos
y le temblaba el corazón,
como en los últimos manzanos
el trino del primer gorrión.*

*Tenía, como los duraznos
de nieve y rosa hecha la piel.
y sobre el lomo de los asnos
llevaba su panal de miel.*

*A la ciudad la primavera
trajo del campo un suave olor,
en las tinas de la lechera
y las jarras del aguador.*

Las secciones de menores ensayaban rondas alegres para acompañar la comparsa.

Ya la modista preparó el vestido de reina. Verde esmeralda de raso y gasa, glamoroso, con capa de brocado del mismo color. Le compraron a Gardenia sandalias de tacón alto, doradas, con amarras al tobillo, que había puesto en moda Ima Súmac; corona de perlas; gargantilla, aretes y pulsera de oro, completaban el carísimo atuendo.

La dirección de la escuela, con ayuda de los padres, confeccionó un hermoso carro alegórico, que simulaba una floresta radiante, en el que resaltaba el escudo del centro escolar, un sillón dorado para la reina y un pedestal lleno de flores a su derecha, del que debía apoyarse el paje para evitar una caída inoportuna al bamboleo del vehículo. Cada sección preparaba su carro alegórico, con la intención que fuera el mejor de todos. Disfraces de gorriones, abejitas, mariposas se confeccionaron con prolija delicadeza.

En la víspera probaron el vestido a la reina. La estilista ensayó en el bello rostro de Gardenia, el maquillaje que debería llevar el día del desfile. La mamá hizo algunas sugerencias para mejorar la apariencia de su hija, especialmente sus bellos ojos. Satisfechos todos, llamaron al fotógrafo del pueblo para que lograra las mejores fotografías para el recuerdo.

Por su parte, las candidatas que no habían logrado ganar el concurso-votación, serían las damas de honor. Los atuendos de ellas eran más modestos, pero de una angelical belleza.

El 23 de setiembre, amaneció esplendoroso. Las madres colocaron las mejores galas a sus niños. Un olor a naftalina inundaba los salones, señal que las mamás habían abierto los baúles sacando los vestidos que para fiestas cuidaban a resguardo de las polillas.

Salvo el carro de la reina que ocupaba el primer lugar, los otros saldrían de acuerdo a su llegada al patio del centro educativo. Un premio a la puntualidad, decía el director.

El corso estaba listo para iniciar su recorrido, por las calles principales del pueblo. El paje esperaba en su ubicación junto al sillón que ocuparía la reina. El reloj marcaba las diez de la mañana y Gardenia no se hacía presente. Una comitiva de profesores fue a casa de la elegida, preocupada por la demora. La mamá hizo pasar a los enviados a la sala de la casa, y con lágrimas en los ojos les informó que a Gardenia le había salido un orzuelo en el párpado inferior del ojo derecho, tan grande que no le permitía mirar.

-Gardenia, no puede ser el hazmerreir del pueblo, decía dolida la madre, no podrá desfilar, discúlpenla, será para otra oportunidad. Les hizo conocer, también, que el Gobernador no sufragaría la banda de músicos para el corso.

Una reunión de emergencia de profesores y padres de familia se realizó en la dirección del plantel, la decisión fue que el desfile debería realizarse y que la reina sería Rosario, la niña que a pesar de su belleza había perdido la elección por falta de dinero.

El desfile fue apoteósico, de una alegría sin igual, con cantos de los niños y la banda de músicos que de emergencia contrató el tío de Rosario, que por coincidencia había llegado en vísperas al pueblo.

Pasaron los años y Gardenia, en cambio, no tuvo otra oportunidad para lucir su bello y costoso atuendo, miraba en cambio con nostalgia las fotografías de la que pudo ser reina de primavera■

LAS TÍAS TACAÑAS Y LA SOBRINA OBSEQUIOSA

-No, no puedo explicarme porque la alimentación en casa tiene que ser tan frugal, no sé por qué mis tías son tan avarientas y para qué guardan su plata, se decía Cristina, cuando llenaba la canasta dominguera en el mercado local con su sueldo de profesora.

Etelvina, Bernardet y Francisca, tres hermanas de rancio abolengo, vivían, con holgura económica, en una amplia casa, en Tangalbamba. Solo Francisca había contraído nupcias, aunque su marido que murió después de unos meses del casorio, le había dejado una hija: Cristina.

Las tres hermanas, dejaban transcurrir el tiempo, con rutina que rara vez se rompía. Las tres miraban a la niña como a su propia hija.

Tenían una plantación de eucaliptos y un terreno de cultivo de cinco hectáreas, cercano a la ciudad, heredado de sus padres. Del bosque vendían madera y del terreno, que cultivaban al partir con dos campesinos, tenían choclos, papas y cereales.

Las tres habían aprendido de su madre el tejido de encaje a tres bolillo y bordado, lo que, aumentado a los ingresos por el terreno, les daba la economía para vivir bien.

Todos los domingos y fiestas de guardar iban a la iglesia a escuchar misa y comulgar. -No hacerlo era pecado grave, decían. Allí daban generosas limosnas para el mantenimiento de la parroquia. Vestían como señoras acomodadas que eran, con zapatos de tacón alto, miriñaque, mantón de manila y mantilla.

Cuando Cristina cursaba los estudios secundarios, murió Francisca. El velorio y los servicios fúnebres fueron realizados a la altura de los miembros de una familia adinerada. Don Osías el Tangalbambino, que preparaba el *calientito*, con fraternidad cristiana en todos los velorios del pueblo, esta vez tuvo los mejores insumos para realizar su labor: pisco Montesierpe, anisado Najar y otros insumos de calidad.

En el portón de entrada a la vieja y señorial casa se colocó un crespón negro. Se recibía el duelo, de las amistades que llegaban de lejos y no se habían encontrado en el pueblo, en la sala que estaba en penumbras, también en señal de duelo. Una copita de vino Oporto estaba destinada a cada visitante. Se conversaba poco, pero en ese mínimo diálogo se resaltaba la bondad y la religiosidad de la difunta.

Etelvina y Bernardet siguieron con los maternos cuidados a Cristina, como si se tratara de su propia hija, sin embargo nació en las tías un espíritu de ahorro, que lindaba con la tacañería, nunca antes vista.

Seguían yendo a misa, pero ahora las limosnas eran escasas y cuando las daban eran tan sólo unas pequeñas monedas, simplemente para salvar las apariencias.

Para satisfacer necesidades de púber y luego de adolescente estudiante, Cristina, confeccionaba encajes y bordados que luego los vendía a buen precio. Eran artículos finamente elaborados como los de sus tías. Era común que luego de la venta comprara carne, una gallina o un cuy para mejorar la magra dieta a la que se habían sometido las tías, ahora tacañas.

Tacañería que no entendía Cristina, porque era testigo de los pagos que por la venta de sus encajes y bordados; y, por madera, arriendo de pastos y venta de cereales.

Gracias a su trabajo Cristina vestía con elegancia. Llegado el tiempo, culminaron los estudios secundarios y continuó sus estudios en el Instituto Pedagógico local. Fue en él cuando sus oídos escucharon los requerimientos amorosos de un varón. Su cuerpo y su mente respondieron.

Cuando las tías se enteraron de los escarceos amorosos de Cristina, multiplicaron sus cuidados, la aconsejaban, le hacían ver de la maldad de los hombres y del mundo. Por sobre todo, ella se entregó al hombre que la amaba.

Cuando Cristina se graduó de profesora, las tías la felicitaron fríamente. Ella, en cambio, asistía con alegría a las celebraciones que en grande se hacían en casas de

sus compañeras de promoción, los gozos de ellas los hacía suyos.

Inició sus labores docentes en una escuelita rural cercana a Tangalbamba, con su sueldo mejoró la dieta alimenticia familiar. Se creía en la obligación de estar junto a las tías. Las decisiones de amor las dejó relegadas para días mejores.

Cristina ya llevaba un año de trabajo docente, cuando Etelevina cayó enferma y pronto, a pesar de la medicina recetada por el médico y los cuidados de su hermana y de su sobrina, murió. Esta vez el velorio fue modesto, no obstante Don Osías se presentó a preparar el calentito, pero los insumos cambiaron: aguardiente y anisado de baja calidad. Los asistentes comentaban la diferencia.

Bernardet, decía a Cristina que había terminado con todos los ahorros en los gastos del sepelio y en el nicho perpetuo adquirido para su hermana, pero que en previsión de un futuro inminentemente difícil, también había adquirido féretro y nicho para ella.



La profesora alegraba la vida de su tía, pero, a los seis meses, creo que agobiada por la pena, Francisca cayó enferma y por más que Cristina le prodigaba cuidados, murió.

A los siete días, con participación de familias vecinas, en el río, hicieron “la lava”. Allí se hizo memoria de lo buena que en vida había sido la tía.

Pasaban los días y muchas señoras menesterosas pedían a Cristina les regalara “ropita de la difunta”. Ella en cambio no quería que la elegante y buena ropa de las tías se viera por las calles cubriendo a indigentes y después convertida en harapos, prefirió ir echando al fogón una a una hasta hacerlas desaparecer, sólo guardó los mantones de manila.

Cristina y Juliano, sin contraer nupcias, por guardar el duelo, pasaron a hacer vida de esposos en la casa que heredó Cristina, e iniciaron una nueva vida. Dos jóvenes profesores que miraban el futuro con optimismo.

Tenían que culminar con la limpieza de la casa, y dejaron para después el aseo del “*terrao*”, que el ánimo cachivachero de las tías lo había convertido en el lugar de los desechos, pensando que algún día podían usarse. Cuando tuvieron un tiempo disponible contrataron a Juvencio, el borrachito del pueblo que hacía servicios de mensajero, barrendero, ayudante, para que pusiera en orden el *terrao*. Juvencio premunido de escoba, cañazo y coca empezó su trabajo.

Al medio día lo llamaron a almorzar, Juvencio no respondió, fueron a verlo y no encontraron a nadie, sin

embargo, todo parecía ordenado y limpio, sólo un montón de basura junto a la entrada que esperaba ser retirado. Conociendo que él siempre era exigente con la paga pactada por el trabajo realizado, no se explicaban cómo es que sin cobrar y en silencio se había retirado de la casa.

La respuesta la hallaron después del almuerzo: don Anselmo, amigo de la casa y dueño de la chichería más concurrida del lugar, llegaba trayendo del cuello a Juvencio.

-Señorita Cristina, este Juvencio tiene que decirle algo.

-A ver Juvencio que tienes que decirme, replicó Cristina.

-Viaste señorita, jui a tomar unas chichas yeste don Anshe, no me quiere vender la chicha, ni cambiar los cheques, dice de dónde vua tener. Le dije quiusté mia pagao, Enton miagarró del cuello y me trajo.

-Pero si yo no te he pagado nada.

-Viaste, en el terrao luey encontrao. Agarré un poco y jui a la chichería. Mal puey hecho señorita. Téngaste. Acto seguido le alcanzó un fajo de billetes.

Cristina, recibió los billetes y al primer vistazo vio que eran de los que hacía poco habían perdido el valor por la galopante inflación y por el fujishoc.

Fueron al *terrao* y efectivamente, dos costales que parecían contener sólo revistas viejas, estaban repletos de billetes y monedas, ahora sin valor■

LOS VENADOS Y EL BUEY

José, estiró los brazos para desperezarse, decía que si los gatos lo hacen, ¿por qué no pueden hacerlo los cristianos? Del tayo del patio de la casa, que hacía de gallinero, como todas las madrugadas, salieron estentóreos kikirikís, seguidos de aletazos que llegaron hasta su dormitorio, despertándolo para su diario bregar en el campo.

Aprovechando la luna llena, fue sin su linterna de querosene hasta el potrero donde amarraba a su yunta

con “poca sogá”, como él decía, para que consumieran racionalmente el pasto que abundante llenaba el potrero. Tenía que mudar al Gacho⁵ y al Pinto, dos bueyes que le ayudaban en sus labores agrícolas.

La escarcha mojaba sus pies desnudos, solo protegidos con llanques hechos de llanta de camión.

- Ya no se puede más, otra vez el daño; decía. El bien cuidado forraje había sido comido un poco aquí, otro más allá; atropellado en otros lados.

-Es una lástima, tanto sacrificio pa’esto. Hoy mismo les pongo trampa a los venaus.

Con una piedra clavó las estacas en otros lugares y amarró a los bueyes. Retornó a su casa a descansar al calor de su cama.

La Juana, su mujer, ya estaba en la cocina atizando el fogón para preparar el caldo. Había recogido chamicitas⁶ secas, hurgó en la ceniza en busca de las brasas que en la noche había dejado a buen recaudo. Las colocó entre las chamizas y con cuidado, levemente sopló para hacer llama. Cuando prendieron las chamizas, fue agregándoles más leña seca, sopló, esta vez, con la pucana⁷, hasta que se avivó el fuego.

⁵ Gacho.- Con uno o los dos cuernos torcidos hacia abajo.

⁶ Chamiza.- Maderitas delgadas, secas o cortezas que se usan en el campo para cocinar.

⁷ Pucana.- Tubo de carrizo que se utiliza para soplar con la boca y avivar el fuego.

Colocó sobre las tullpas⁸ una olla de barro con agua; mientras pelaba las papas y molía el verde⁹.

José con los primeros rayos del sol, dejó definitivamente la cama y fue hasta la cocina, allí le esperaban mates humeantes de caldo verde, con sus huevos lunta lunta y el quesillo lazo lazo, junto a un matecito con rocoto molido. Dio buena cuenta de lo servido. La Juana le repitió.

-Alcánzame la coyunta¹⁰, Pedrito -decía José- el yugo y el arau. Aprend'hijo, pa'que no sufras cuando seigas grande. Hay que cuidar a los animales, po'quellos nos dan de comer.

Pedrito, con presteza ayudaba a su padre.

Con la yunta uncida, en la chacra iniciaron la siembra del maíz, Pedrito echaba la semilla y el padre la tapaba con el arado.

La trampa será en el portillo grande, puese que han dejau rastro. -Pensaba José- al alambre lo amarro en el molle viejo, con gasa lista pa'que corra.

Con el sol en el cenit, comieron el humeante almuerzo que Juana les sirvió. Lo asentaron con limonada, hecha con los limones de la huerta.

⁸ Tullpas.- Piedras areniscas que se usan como soporte para las ollas en el fogón. Casi siempre son en número de tres

⁹ Verde.- Molido de paico, yerbabuena u otra yerba aromática que se coloca al caldo.

¹⁰ Coyunta.-Cinta de cuero de unos seis metros de largo y una pulgada de ancho que sirve para amarrar el ayugo a los cuernos de los bueyes.

A eso de las cuatro de la tarde habían terminado la siembra. Desataron la yunta y Pedrito la llevó a pastar a los cantos del camino, debajo de cuyos cercos había crecido abundante pasto.

Con los últimos rayos de sol, terminó de instalar la trampa.

-Hoy pesco al venau padre. -Decía. Durmió impaciente.

Al amanecer, con los kikirikís, despertó.

Con su linterna de kerosene y armándose con su machete se dirigió decidido al potrero. Al ver la trampa, José, no cabía en su cólera y tristeza. Ahorcado con el alambre yacía en el suelo el toro gacho, el más trejo de la yunta■



CÉSAR, EL COMPRADOR A PRECIO JUSTO

-César, tienes que decirnos cómo es que sabes el precio exacto, cómo es que aciertas con el precio que van a aceptar los mercachifles, le decía Jaime, intrigado.

-No te apures primo, luego les diré a todos.

La familia de César, recibía al tío Carlos, la tía Amalia y los primos que venían al pueblo a pasar los días de la fiesta de la Virgen del Arco. Después que mamá anfitriona los ubicara en sus habitaciones, los tíos y primos salieron a gozar de la feria.



Habían llegado comerciantes de la costa y de ciudades vecinas con mercadería variada y a precios asequibles. Los visitantes se dirigieron a la Feria, allí compraron dátiles, cajetas y otros dulces de los comerciantes de Zaña, y un sombrero de paja palma para el tío Carlos. Cada uno de ellos quería un sombrero. Prometió comprárselos más tarde ya que el resto del dinero lo tenía en las alforjas viajeras.

De vuelta a casa, César le pidió al tío Carlos le permitiera ver el sombrero. Luego de observarlo muy rápido, le dijo.

-¿Cuánto le costó?

-Quinientos diez soles.

-Ha pagado mucho tío, debió pagar cuatrocientos veinte.

-Cesitar, pero si es un buen sombrero.

-Pero si le hubiesen vendido a cuatrocientos veinte, el merca hubiese ganado 126 soles.

-Cesitar, siempre te admiré por tus habilidades para los cálculos. Pero en esto tienes que demostrármelo de mejor manera.

-Tío, cuando salgan de compra permítame acompañarlos. Quedemos, si va de compras lo acompaño.

-Con mucho gusto sobrino.

Así lo hicieron. Fueron a la sección sombreros de feria comercial.

La tía Amalia quería un hermoso sombrero, de mayor calidad del que había comprado el tío Carlos.

-¿Cuánto cuesta este sombrero?

-Vale 630 soles.

-Tío, le dice César al oído, si le gusta y quiere comprarlo ofrézcale quinientos veinte.

-Le pago quinientos veinte, señor.

-Uhm, por ser la primera venta se lo doy a ese precio.

El tío sacó de su billetera el dinero y pagó.

-Un sombrero para Pedro.

Pedro escogió uno.

-¿Cuánto cuesta?

-350,

César con disimulo miró las letras escritas en el interior de la copa del sombrero y luego sugirió:

-Páguele 280

Sorprendido el comerciante, aceptó la oferta.

-Un sombrero para Claudia

-400,

-Páguele 320

El comerciante, que quería doblar ganancias, ya indignado, apartó a César y le espetó:

-Mocoso de miércoles, no me dejas ganar una.

-No lo creo, si en cada venta está ganando el 30 por ciento.

-Anda a fastidiar a otros mercas, caraj...

-Así lo haremos, dijo César con aire de suficiencia.

Efectivamente, fueron a comprar ropa y César seguía siendo el asesor de compras exitosas.

Los comerciantes se admiraban de la precisión en las ofertas que hacían estos compradores.

Ya de vuelta a casa, Jaime le repitió: -César, tienes que decirnos cómo es que sabes el precio exacto, cómo es que aciertas con el precio que van a aceptar los mercachifles.



-Familia, yo trabajé como ayudante de un comerciante chotano y para vender cuando él se ausentaba, me enseñó la clave, veamos: ¿Cuántas letras tiene la palabra CUTERVINOS?

Contaron ayudados con los dedos. -Diez contestaron en coro.

-Efectivamente y diez son los dígitos: C para el 1, U para el 2, T para el 3 y así sucesivamente, como en este cuadro.

En un cuaderno César trazó el siguiente gráfico:

C	U	T	E	R	V	I	N	O	S
1	2	3	4	5	6	7	8	9	0

-Los mercas colocan letras en vez de números para que los compradores no se den cuenta del precio, así, si una prenda va a ser vendida a 450 cincuenta soles, es porque ya se le ha cargado el 30% que es la ganancia honesta y su código sería ERS. Claro que ellos piden entre 550 y 600 soles. Si el cliente atraca, atraca y la ganancia es mayor. Algunos incluso hasta piden el doble del precio marcado, dijo convincente César.

-Pero en esta casaca hay una eme, que no está en la palabra cutervinos.

-¡Ah!, esa la compramos de un merca costeño y es que ellos usan la clave MURCIÉLAGO

M	U	R	C	I	E	L	A	G	O
1	2	3	4	5	6	7	8	9	0

-Sorprendente, ¡bravo, hombre! Pasaremos una fiesta como ninguna. Compraremos a precio justo.

CLAVEL CARMESÍ

-Erase una vez, decía el papá a su hija que le pedía explicación sobre la presencia de un viejo cuaderno, que atado con un lazo de primera comunión, halló en un viejo baúl guardado en el desván. Era un cuaderno cuadriculado, de cartografía, que tenía entre sus páginas, amarilladas por el tiempo, un clavel carmesí, seco, de colores desvaídos.

-Erase una vez, siguió el padre, un primero de noviembre, para ser más precisos, el día de Todos los Santos, en que una niña que iba, con un ramo de flores, al cementerio a colocarlo en la tumba de su abuelita, fuera importunada por un niño que la seguía desde hacía varias cuerdas, demostrándole particular interés por comunicarse con ella.

En el barullo del ingreso al cementerio, la niña cogió un clavel color carmesí, y con un guiño coqueto, sin que lo notara su mamá, entregó la flor al niño. Él se sintió aceptado. Saltaba, silbaba de alegría.

Ya en casa, guardó el clavel entre las hojas del cuaderno que más estimaba por la precisión de sus trazos y el colorido de los mapas.

Pasó el tiempo y un buen día, los niños, se hicieron enamorados.



Todas las mañanas antes de ir a su escuela lo contemplaba arrobado aún hasta que los pétalos y corola se volvieron mustios, y así seguía mirándolo y absorbiendo sus aromas.

Fue una pareja de inocentes enamorados.

Juntos miraron lo bello de los atardeceres, los horizontes crepusculares y el titilar de las estrellas en noches estrelladas. Juntos dieron la cara a las adversidades.

Así concluyeron la primaria y la secundaria. Juntos lloraron sus penas, juntos rieron sus alegrías, juntos se forjaron sueños e ilusiones.

Juntos celebraron su graduación de profesores y su inicio en el trabajo.

Esa pareja de fieles enamorados, con aceptación de las familias de ambos, formalizaron su compromiso, se casaron, tuvieron una niña y fueron felices.

-¡Aquella niña era tu mamá!

- Y colorín colorado, que el cuento se ha acabado, mi querida Clavel Carmesí.

Yanahuanca, Daniel Alcides Carrión, Pasco,
20-11-2012

EL CANTO DE LAS CHICHARRAS LA DISQUISICIÓN

*Entre nardos y entre rosas,
las chicharras cantan
sus canciones vespertinas
cual si fueran serpentinas
que perezosas se arrastran.*

-Deben ser como las hormigas, que con laboriosidad y en unión envidiables, acarrean su comida al fondo de sus casas, y tienen un invierno complacido, mas los jóvenes de hoy parecen unas cigarras que todo el día se la pasan cantando y tocando la guitarra tanto que en la yema de los dedos tienen callos. Decía un pontificador al pasar delante de un grupo de jóvenes que alegraban la tarde con canto y guitarra.

Un joven del grupo replicó: con mi trabajo me gano el sustento necesario para vivir, con mi guitarra alegro la vida, digo mis sentimientos, dolores, pretensiones y esperanzas.

No creo que quejoso tuviera razón, siendo tan ligero el equipaje cuando este mundo dejamos, si don Cleto, allá en La Totorilla, me dijo un día:

-No tienen porqué las cigarras guardar comida, si antes que el invierno llegue han guarecido sus huevos en lugares seguros, donde llegado el tiempo, eclosionarán y la nuevas cigarritas encontrarán comida en los campos,

para de nuevo ensalmar los labrantíos con sus violines.
Las cigarras, señores, todos los años, desde que son
cigarras, mueren antes del invierno.

LA VANIDOSA ROSA NEGRA

Don Rosario Florindez estaba orgulloso de su logro, diez años de paciente trabajo, de cultivo dedicado, de cuidados exquisitos en su rosedal. Después de algunos fracasos, ahora habían dado el resultado que perseguía con vehemencia: una planta con flores negras, que la presentó al sétimo premio especial de “Barcelona”, y a la que los expertos le dieron la más alta puntuación frente a más de quinientas plantas presentadas al concurso.

A la entrega del premio asistió con un terno blanco y zapatos del mismo color, y, en el ojal de la solapa izquierda llevaba un botón de rosa negra; su esposa en cambio con un vestido color de oro, llevaba en el pabellón de la oreja derecha una rosa negra recién abierta, que resaltaba teniendo de marco una rubia cabellera.

La premiación, a las mejores rosas de la categoría oficial, estaba prevista para el viernes siete de mayo al mediodía en el Parque de Cervantes. Un público, selecto, compuesto por devotos al cultivo de rosedales, aplaudió con entusiasmo y aprobación el acto en que fueron premiados los esfuerzos de don Rosario.

La rosa ganadora en el Concurso Internacional de Rosas Nuevas de Barcelona, era una rosa de exquisita

belleza: corola de pétalos cual terciopelo tornasolado que tenue reflejaba los rayos del sol.

Al recibir el premio, pasó en secuencia cinematográfica, por la mente de don Rosario, los cuidados que prodigaba a las rosas de su rosal, cómo las cortaba de las ramas, en bisel, con sumo cuidado, con tijeras bien afiladas, esterilizadas y cómo las cuidada del



oidiun, del mildiu, la roya y de los hongos; cómo las custodiaba del granizo, del viento y la helada; de cómo se había documentado científica e históricamente en el difícil cultivar de los rosedales. Se decía para sí, un premio bien merecido por el esfuerzo desplegado.

De vuelta a su rosal, vio que la rosa negra, vanidosa, se erguía, como mirando por sobre el hombro a las rosas de otros colores: la blanca, de una pureza sin igual, la amarilla de intenso color; la rosada de una púber tenue palidez; la violeta cardenalicia, la roja escarlata, siempre preferida; la

de azul turquí, que rivalizaba con el color del cielo, en fin, todas se sintieron desplazadas y heridas en su amor propio.

Sin quererlo, don Rosario, con su premio, había trastocado el antes clima fraterno que en su rosedal había. Esas rosas estaban tristes.

Una tarde, después de una tenue llovizna y de un sol que declinaba, apareció el arco iris. Las rosas desplazadas iniciaron un juego que siempre jugaban cuando aparecía este meteoro: encontrar su color en el arco. Todas encontraron el suyo, con alegría gritaban su ubicación; y, dejaron su tristeza, menos la negra, que se puso a cavilar.

Después de un largo pensar, la rosa premiada comprendió que poco ayuda al buen vivir la vanidad propia y el desprecio a los amigos, extendió sus ramas y abrazó a las otras rosas, las que sin rencor correspondieron los abrazos■

VELAY, AGARRÓ MAÑA EL MITAYO

La mañana es luminosa, el sol calienta como anunciando que va a llover en Condorumi.

Todos los días, muy de mañana, Adelaida prepara la comida de Guardián, el mitayo que maneja a las borregas con ladridos y movimientos de orejas

El rebaño ovejuno, su mitayo y la chacrita en la que se ubica su humilde choza son las posesiones materiales de Adelaida, viuda del que fuera don Filadelfo Carhuaricra, diligente comunero de Condorumi.

Guardián, consume diligente su primera comida de un mate, que de tanto uso y continuo limpiar ha quedado tan delgado casi como cuenco de cáscara de zambomba. La segunda comida del día la recibirá al final de la jornada diaria.

El mitayo, mandón, lleva a su hato a las laderas de la Comunidad, lo conduce a *punta* de sonoros ladridos. Abrevan en un arroyo cercano al pantano, vecino del río seco, que corta el camino al pastizal, por lo que usan el cauce sin agua como pasaje. El agua dibuja al mitayo que en un ir y venir de lenguazos va tomando sus raciones del líquido refrescante; su figura ondula en las aguas revueltas. El rebaño le lleva la delantera, se da cuenta de su retraso y al ritmo del otro retrasado, el pequeño y huérfano corderito al que por eso su dueña le llamaba el Guachito, alcanza al rebaño y lo conduce con seguridad hasta el pasto.

Ya por la tarde Adelaida se preocupa por su manada puesto que ha llovido como nunca.

Atolladas, chorreando lodo, han regresado las ovejas. Adelaida no escucha el siempre alegre y sonoro ladrido de Guardián. Se sorprende de ver al rebaño solo.

Adelaida de un vistazo recuenta a sus animales, solo falta uno de ellos: El Guachito.

Guarda a las ovejas en el corral y se apresta a perseguir al mitayo mañoso, que no obstante de haber salido bien comido se atrevió a devorar a Guachito.

Adelaida, con voz lastimera deja escapar estas imprecaciones:

-Gallina que como huevo, aunque le quemén el pico, tan bien comió que luenvió al mitayo, y que sihayga comió al Guachito. Velay, agarraste maña, te comiste al Guachito, qué mala suerte tuvo este animalito, su mamá murió al parirlo y hoy muere en las muelas de un perro mañoso. Así es también la vida, el cristiano que vino a este mundo con mala estrella, la mala suerte lo acompaña siempre.

Adelaida coge el látigo con el que su Filadelfio azuzaba a su corcel y con el que ella, hoy, castigará al mitayo.

-Velay, mañoso te volviste, pero recibirás tu castigo. Criaré otro mitayo y ojalá no me salga mañoso, decía la atribulada mujer.

No sabe que al medio día que en las laderas de Condorumi se nubló de pronto y un estruendo de cilindros vacíos rodó por los cielos, llenó los campos, luego cayó un fuerte chaparrón que lo mojó todo. No sabía que bullanguera la riada bajó arrastrando todo lo que a su paso encontraba, era el torrente que bajaba en estruendo, no era el conjunto inarmónico de balidos ovejunos, era un caos que trastocó el bucólico silencio del

prado de Condorumi, el antes cauce seco, se había inundado de turbias aguas, nadie osaba cruzarlo, sin embargo ya era hora que el rebaño volviera a su querencia. El día avanzaba.

Tan rápido como había empezado la lluvia, el sol apareció espléndido, pero el río seguía bajando bravo con sus aguas turbias.



Al acicateo de los roncadores, los ladridos del mitayo, que ayojaba con empujones de cabeza al carnero mayor para que se adentrara a la ciénaga, el líder inició el retorno y luego se atrevieron los demás animales, salvando el obstáculo

volvieron a casa.

Adelaida no sabía que el guachito, que no tiene mamá que lo saque del atolladero, chapoleaba tanto como le permitieron sus fuerzas, luchando por salir del pantano y no podía; y, que el mitayo se lanzó en pos del corderillo, con sus colmillos lo cogió con delicadeza del

pescuezo y a rastras lo sacó a tierra firme, luego de unos momentos de descanso iniciaron retorno a casa. Con dificultad el guachito se puso en pie y calmo, junto a su salvador, volvieron.

Adelaida no sabe todo eso y sigue lamentando su mala suerte, de pronto, divisa ya cerca de la choza a Guardián y Guachito que con paso lento van retornando a su querencia. Arrepentida de su atrevido pensar tiró lejos el látigo, corrió hacia ellos, acarició al mitayo y a Guachito, les restregó las orejas y hasta les llenó de besos. Guardián al calor del regazo de Adelaida, como si adivinara el atrevido pensar de su dueña, movió la cola y sonrió para sus adentros.

Adelaida, musitando, no sabía por qué, un yaraví con el que su Filadelfio la enamoró, se apresura a preparar, con más amor que nunca, la segunda comida para Chocolate.

Jaén, 3 de noviembre de 2012

PARANOIA COLECTIVA

-Don Rupe, hay una mochila sospechosa en la mesa
13 ¿Qué será? Dijo el mozo del restaurante con preocupación manifiesta en su rostro, en voz baja, al dueño del restaurante.

El patrono del establecimiento fue a la mesa, vio el bulto e inmediatamente pensó que se trabaja de una bomba dejada por un terruco, fue a avisar a la policía cuyo local estaba muy cerca del restaurante y relató al oficial, que un joven había ingresado al local con el pretexto de tomar caldo y que había dejado el virtual explosivo.

El oficial acudió con premura, pidió a todos los que almorzaban que con la mayor calma abandonaran el lugar, ya que se sospecha de la presencia de una bomba.

El accionar terrorista en la zona tenía a todos con los nervios en punta. No hacía mucho que habían secuestrado y matado al alcalde de Cholocalpampa. Toda la provincia estaba afectada ya que el terrorismo avanzaba con pasos agigantados.

Los circunstantes obedecieron la orden de evacuación, pero engrosaron el grupo de observadores que se había formado a unos treinta metros de allí, retenidos por policías que prontamente habían acudido en una rápida acción policial facilitada por la cercanía de la comandancia con el restaurante.

El Mayor Comisario dispuso que dos policías especializados en desarmar explosivos por la DIRCOTE, se colocaran la indumentaria de seguridad para el caso y desarmaran el artefacto sospechoso.

- ¡Los tucos han dejado una bomba en el Ruche!
- Ha sido un jovencito, con zapatillas buenazas.
- Tomó tranquilo su caldo, dejó el bulto y se *jue*.
- Seguro que están por *ahi* mirando lo que pasa, *dejuro* que no es uno solo.
- Ojalá nadie resulte herido.
- Don Ruche estará rezando porque no le malogren la pollería.

A una cuadra de allí, en la casa de un profesor que había preparado un cebiche de trucha departían alegremente unos docentes de escuelitas rurales que aprovechando el fin de mes estrechaban amistades. Alegres por encontrarse juntos, abiertamente comunicativos abundaban en chascarrillos. Uno de ellos relató:

En el comedor de mi casa, que también es la casa de ustedes, estábamos cinco parejas disfrutando de un succulento almuerzo preparado por mi Chelita, en un silencio que se presenta “cuando los loros están en el maizal”, una de las damas dejó escapar un sonoro pedo. En el momento hubo un respetuoso silencio, una paz que anuncia tormentas inundó el comedor. Para salir de su azoramiento la autora del cuesco arrastró la silla presionando el piso y produciendo un silbido agudo y molesto

pretendiendo hacer creer que el ruido anterior acompañado de un olor apestoso había sido producido de la misma manera, ante tal hecho dije:

-No suena igual ¿diga?

Las risas rubricaron la ingeniosa intervención, pero una mujer con shucaque y un anfitrión arrepentido, fue el



colofón de ese momento.

¡Ja, ja, ja!

-¡Mi mochila, carajo!, dijo de pronto y salió corriendo el profesor Segundo Cotrina.

En la esquina del restaurante la expectativa era general, los chismosos aprovecharon para decir sus conocimientos sobre los terrucos y los policías.

Los dos policías con casco y gafas protectoras, guantes, chalecos antibalas, gruesas botas hasta las rodillas, se arrastraban sigilosos rampando hasta la puerta.

Uno de ellos llegó a la puerta, siempre rampando, dio un giro, fue hasta la mesa cerca de la cual estaba una mochila. Auscultó a distancia prudencial la mochila. No se decidía aún a tomarla.

Un silencio sepulcral cubrió la antes bulliciosa esquina, cuando el joven profesor, de todos conocido, se acercó al Mayor de la Policía y le susurró algo al oído.

El oficial ordenó que se detenga la intervención.

El joven profesor, se acercó al restaurante.

¡No, no!, ¡que hace el profe! ¡Que se detenga! Decían los circunstantes, sin embargo él, impávido, seguía. Ingresó.

Los policías rampantes, alzaron cabeza y lo miraron desafiantes, incrédulos de tal osadía.

Otra vez ese silencio que anuncia desenlaces. El profesor salió con el paquete.

-Esta es mi mochila, Mayor, que después del caldo mañanero olvidé en el restaurante.

Para asegurarse, la policía, que no era éste un artefacto explosivo, pidió al profesor que mostrara el



contenido de su mochila, ésta contenía calcetines

mugrientos, un pantalón sucio, un par de zapatillas viejas y un calzoncillo roto; que necesitaban urgente un lavado o un cambio.

-¡Carajo! Tanta bulla y pa tan poca fiesta, dijo un borrachito que por allí pasaba. Una risa general celebró la chanza y la frustrada intervención policial.

Amén de dos policías abochornados, que fueron objeto de burlas, ese día siguió discurriendo como cualquier otro domingo■

FLORECER EN CAJAMARCA

Con ferviente deseo quería, Patricia, florecer en Cajamarca.

El treinta de abril Patricia recogió flores, preparó infusión de panisara en un termo tomatodo y compró galletas. Era la preparación para ir a florecer en Santa Apolonia. Papá y mamá acompañarían a la única hija que estaba en vísperas de cumplir los quince años.

Se inscribieron en la dirección regional de Comercio Exterior y Turismo. La guía que muy cortésmente atendía, les indicó que a las cinco de la mañana deberían estar en

el Cerro Santa Apolonia, sin embargo habría una pre concentración en la plaza mayor, si así lo quisieran, deberían estar allí unos minutos antes.

La aurora recibía los rostros de jovencitas orlados con coronas de flores silvestres que cada una confeccionó el día anterior, para participar en una ceremonia de agradecimiento a la naturaleza. Los varones llevaban ramos de flores en las manos.

Tomados de las manos, intercalados varones y mujeres, de manera tal que un ramo de flores los unía.

El sacerdote andino, que había tendido su manta a pocos pasos de la Silla del Inca instó a mirar al horizonte del Este.

Los primeros rayos iluminaron las laderas y luego bañó los rostros de un amarillo intenso. El sacerdote besó la tierra, besó la coca, escogió unas hojas y empezó a chaccharlas. Murmuró una oración en quechua... Los jóvenes y los padres acompañantes guardaron un profundo silencio. Intercambiaron flores y al hacerlo abundaron los besos en las mejillas. Amicales abrazos sellaron el acto. Recibían al mes de mayo, habían florecido en Santa Apolonia.

Como estaba previsto, dejaron Santa Apolonia y fueron en caravana a Jesús. En la Huaraclla, los esperaban estudiantes de Agronomía de la Universidad, que estaban premunidos de barretas y palanas. Repartieron sendos plantones de tayas y con las indicaciones de los futuros agrónomos, los sembraron. Era el aporte de niños y jóvenes a la naturaleza.

Ya en Jesús tomaron desayuno. Al refrigerio se sumó un exquisito caldo verde, con quesillo y huevos, que brindó la Municipalidad de Jesús.

El Municipio, también, había organizado un Festival de danzas folclóricas “Primavera Andina”, que todos disfrutaron. El chico que había florecido a al costado izquierdo de Patricia, y que tenía las flores a su diestra. Siempre estaba con ella. En un momento se cruzaron miradas y de pronto Jaime le robó un beso.

Unas maravillas sensaciones se internaron en el pecho de Patricia, ese cosquilleo, esas mariposas en su interior, alguna vez pensó que el amor era solo cuento de hadas, ¡dicen que aquello se llama amor!. Ese amor llegó sin esperarlo, inundó su alma, le llegó muy adentro, caminaba en copos de algodón, o mejor, caminaba por las nubes. De pronto la vida adquirió otro significado, halló sentido a su vida.

Después almorzaron.

A partir de esa mañana los amaneceres, de todos los días, eran otros, tenían significado para Patricia■



LAS PENITENTES

El silencio de la media noche fue roto por los bramidos de un toro en la banda de Nundén. Esos bramidos eran mayores que los de un toro como cuando en un potrero reta a otro a una fiera pelea, opacaron los golpes secos que los látigos producían al caer sobre las espaldas de las penitentes que en esos momentos, en la parte posterior del cementerio, se infligían las santas beatas del pueblo, entre ellas la Mamita Eugenia, la Chichi Maño y la Chichi Eulogia.

Junto a la puerta del cementerio habían dejado a Candelaria, una niña recibida para su cuidado por una de

ellas y que la criaba como a su propia hija, para que no fuera testigo del auto flagelamiento y para que no se “ayayara”.

Las penitentes alcanzaron a divisar que el toro echaba candela por los ojos y sacaba luces de las piedras en sus trotar por la bajada hacia el río. Antes que éste llegara al puente de cal y canto iniciaron veloz retirada.

Llevaron a la niña cargada y sin despertarla. Presurosas, iban casi en silencio, pero al unísono rezando, para vencer la tentación:

La magnífica engrandece
a mi alma con grande amor al Señor
porque soy su criatura
y el fue el que me crió
por esto todas las gentes
de generación en generación
alaban al Señor.

Un sudor frío les resbalaba por la frente, tiritaban, no por el frío sino por el pánico que las había invadido. Tropezando y levantándose, llegaron a la casa de la Mamita Eugenia, a media cuadra de la plaza mayor del pueblo e ingresaron por el portón que al ser cerrado chilló lastimero, lo aseguraron con trancas. Se recluyeron en el oratorio y en penumbra, reiniciaron el Magnificat.

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
y se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador;
porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava,
y por eso desde ahora todas las generaciones me
llamarán bienaventurada,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:

su nombre es Santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hizo proezas con su brazo:
dispersó a los soberbios de corazón,



derribó del trono a
los poderosos
y enaltecíó a los
humildes,
a los hambrientos
los colmó de
bienes
y a los ricos los
despidió vacíos.
Auxilió a Israel, su
siervo,
acordándose de la
misericordia
-como lo había
prometido a
nuestros padres-
en favor de
Abraham
y su descendencia
por siempre.

El toro, bramando, con los ojos rojos, echando chispas por las fosas y dando fuertes golpes en las piedras de las calles, llegó hasta la plaza, dio un ruedo y regresó por donde había venido.

Al amanecer, la sirvienta de la casa encontró a las beatitas y a la niña durmiendo, apiñadas, sobre las alfombras del oratorio.

Esa mañana, las beatitas, faltaron a su habitual visita tempranera al “horno” a comprar el pan y a compartir los chismes del día o de la noche. Esto extrañó a las amasijeras. Salvo esa circunstancia, todo les resultaba normal. Nadie en el pueblo había sentido la arremetida del diabólico astado.

EL BAUTIZO

Todo estaba listo para celebrar la fiesta del “Panchito”, como le nombraban a San Francisco en Rumichaca, pero el curita comunicó por radio Norandina que no se haría presente, porque se le había muerto la mula en que realizaba sus visitas pastorales a los pueblos de la provincia.

Don Venancio y doña Perpetua, habían preparado todo para el bautizo de su Juancito, decían que ño Francisco y ña Celinda les pidieron al Juancito para ser

sus padrinos de bautizo. Así como ellos muchas familias estaban preparadas para sendas ceremonias.

Habían preparado la chicha con maíz de Loropampa y chancaca de Llangat; el pan había sido horneado con esmero, los cuyeros pletóricos de reginos, habían cosechado papa huagalina para el picante. ¡Y el bendito curita anunciando que no vendría!...

Don Venancio invitó a sus futuros compadres y a otros amigos vecinos con la finalidad de contemplar la solución a este problema.

El anfitrión hizo probar a los invitados la chicha que para el bautizo había preparado su Petita. Don Antero sacó una damajuana con aguardiente cogollito de La Paccha. Tan alegres se pusieron que trajeron guitarra, maracas, quenás y tambores; improvisando letra para tonadas conocidas, don Venancio, empezó a cantar, los demás lo acompañaron:

Ya tenemos los padrinos,
ño Francisco y ña Celinda
nos pidieron al Juancito,
nuestros cumpas van a ser.

El curita llegará
para la fiesta del pueblo
y entropando a los moritos
cristianitos los hará.

El cuyero está que revienta,
el trigo ha llenado el troje,

el maíz se seca en la pampa,
las papas esperan recojo.

La chicha está que fermenta,
el molinero entregó la harina
para hacer el rebanao,
las ollas ríen contentas.

Mingaremos a vecinas
a la cocina y al horno,
para que hagan las delicias
de los frutos de la tierra.

Y todos nos alegraremos
por Juancito y por los cumpas,
por la sabrosa comida
y por haber estado juntos.

Al que toca y al que canta se le
seca la garganta, dijo el anfitrión
al par que repartía los vasos de
chicha.

-Y toduesto pa nada. El
curita no vendrá.

-Es sencillo, mis amigos, solo la muerte no tiene remedio, horita mismo, yo con dos amigos más nos vamos con cuatro mulas, una pal curita, y lo trayemos como amito. Dijo don Antero, famoso por colaborador en Rumichaca.



Se ofrecieron dos acompañantes y al instante partieron a la Parroquia de la provincia.

Aquel año la fiesta del pueblo se realizó como ningún otro. Los bautizos abundaron y el del Juancito fue el más comentado.

SEGUNDA PARTE

OTROS CUENTOS

EN LA TRANQUILIDAD DEL BOSQUE, EN UNA NOCHE ESTIVAL

Plateado de luna, como el resto de los árboles del bosque; mecido a la suave brisa de la noche estival, contemplaba la planicie límite del bosque que, antes preñado de verdes y de flores, cantaba a la vida, y hoy de sienes y de abrojos parecía que en silencio decía sus lamentos.

Veía nuestro protagonista cómo había cambiado el paisaje.

-Así cambia el entorno, se decía.

Desde hacía no muchas lunas que observaba cómo los habitantes de los prados y bosques soportaban una sequía que les mezquinaba alimentos.

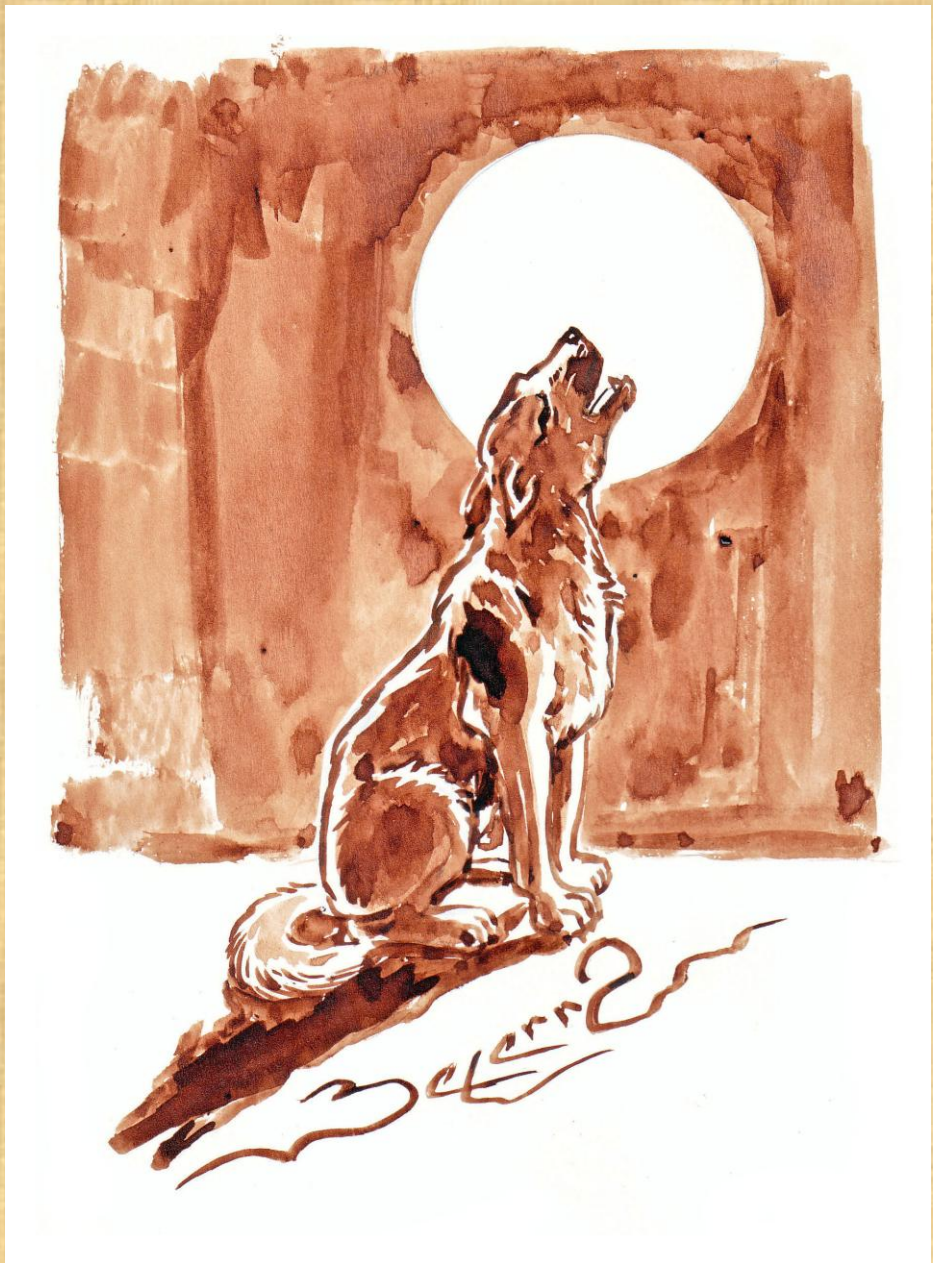
Sus cavilaciones fueron interrumpidas por unos alaridos que desde lejos empezaban a inundar prados y bosques y a medida que se acercaban cubrieron de pavor el ambiente. Tembló de hojas a raíces, de los pelos a los calcañares, dirían los hombres.

Pronto se dio cuenta del origen de tremendo barullo, una manada de lobos hambrientos perseguía a un cervatillo que por más que corría y saltaba como una gacela, en su intento vano de esquivar las fauces de sus perseguidores, cayó.

A dentelladas y jalneos, presa de los hambrientos cánidos que soltaron riendas a sus hambres contenidas, quedó convertido en óseo despojo desperdigado en las hierbas secas, lo que como todo, también se bañaron de luna.

Otra vez el silencio y la brisa estival acariciaron los bosques. En sus cavilaciones de sempiterno observador, se dijo:

-Así es la vida pues.



LA AYUDA IMPLORADA

La hermosa y progresista ciudad de ceja de selva había sido azotada por un fuerte sismo que destruyó gran parte de ella, en su mayoría casas de adobe, con un saldo de cinco personas fallecidas; esto y la secuela de réplicas tenían a los pobladores en evidente estado de desesperación.

Los periódicos y las radios difundieron la noticia, la dirección nacional de defensa civil, presionada por la prensa, por la opinión pública y a solicitud de las autoridades locales planificó la ejecución de un simulacro de sismo, para estar prevenidos y preparados para futuros terremotos.

Llegaron empleados de Lima que llenaron la ciudad de afiches de Defensa Civil, de *todos somos defensa civil*, de cuidados ante los sismos, se colocaron en los edificios públicos letreros verdi-blancos: zona segura en caso de sismos, flechas indicando ingresos y salidas; y, unos afiches que indicaban que el simulacro sismo sería el 31 de mayo, tres días después de la fiesta patronal del pueblo.

El 26 de junio en un avión Antonov de la Fuerza Aérea llegó a la ciudad la plana directiva nacional del Instituto Nacional de Defensa Civil (INDECI). La flor y nata de estas instituciones.

En el auditorio de la municipalidad se habían congregados las autoridades locales, el Obispo, el Director de la Unidad de Servicios Educativos, el Fiscal, El Juez de la Provincia, los Jueces de Paz, los Directores de Centros Educativos y el Comandante en Jefe del destacamento del Ejército acantonado en el lugar, los presidentes de instituciones diversas del pueblo y los pobladores en general, con evidente expectativa. Esta jornada de entrenamiento, dirigida por el comandante en jefe del INDECI, el general en situación de retiro don Belarmino Kurwohiga.

Se realizará, el simulacro, en simultáneo en 90 mil colegios públicos y privados en todo el país, como anticipo al “Día de la Solidaridad y de Reflexión en la Prevención de Desastres” a conmemorarse este 31 de mayo.

Los técnicos con ayuda de proyector de diapositivas y de la Cartilla de Defensa Civil para los Sismos,

explicaron todo sobre los terremotos indicando que son temblores producidos en la corteza terrestre como consecuencia de la liberación repentina de energía en el interior de la Tierra. Esta energía se transmite a la superficie en forma de ondas que se propagan en todas direcciones. El punto donde se origina se llama foco o hipocentro, este punto se puede situar a un máximo de unos 700 kilómetros hacia el interior terrestre. El epicentro es el punto de la superficie más próximo al foco del terremoto. Hay dos escalas para medir un sismo, la de Richter y la de Mercali...

Se hicieron las recomendaciones para menguar los efectos negativos de los sismos. Se previeron los daños: 5 casas destruidas, 30 personas heridas, 3 fallecidos. Los directores de Jardines, Escuelas y Colegios, a las 10 con 30 minutos, cuando se escuche en las campanas del templo, saldrían en orden al patio, al lugar previamente señalado para cada sección. Los empleados de las entidades estatales harán lo mismo en los sitios asignados. La ambulancia, las camillas, los paramédicos preparados para las emergencias.

Los asistentes quedaron convencidos que la unión es necesaria para estar protegidos contra los desastres naturales y los ocasionados por el hombre. Así de efectiva había sido la exposición de los técnicos.

De manera intempestiva ingresó a la sala un sujeto con el rostro y torso mojados de sudor y dijo:

-Señores autoridades: soy el teniente gobernador del caserío de Yanaorco, se está quemando el bosque del Cerro Negro, un paisita por agrandar sus tierras de cultivo

quiso rozar un poco, pero liá ganao y lo quiahecho es que se incendie tuito el bosque. Vamos, con todesta gente y los soldados del ejército a apagar el incendio.

Un silencio sepulcral invadió el auditorio. Pasado el impacto las autoridades en corrillo, deliberaban. Los pobladores rodearon al teniente gobernador acosándolo a preguntas. Murmullos llenaron el ambiente, luego el barullo era general en la sala.

-Calma, calma, exclamó a viva voz el alcalde, con la anuencia del conjunto de autoridades de Lima y las de la localidad hemos decidido que: ¡No podemos hacer nada por apagar el incendio porque ahora estamos planificando el simulacro de sismo, que será mañana!



LA CHANCACA, UNA DULCE VENGANZA

Hoy los sampablinos recibirán una sorpresa digna de los carnavales. Decía el Francisco, caporal de los arrieros que venían de Canchán.

La piara de veinte burros, cargados de tongos de chancaca llegó al atardecer. Una densa neblina que cubría las calles anunciaba un carnaval abundante en aguas. Los arrieros pidieron posada en la casa de don Arístides Alfaro, amigo de don Alonso.

Despertaba San Pablo, después de una noche de lluvia persistente. Las acequias, que por la calle Lima y la 13 de Julio cortaban las calles en dos, llevaban rumorosas aguas turbias, rumores que rivalizaban con los de las tempraneras sampablinas que acudían al horno de don Fulgencio para comprar el pan para el desayuno -¿ha recibíu el tongo de chancaca que repartió Ño Alonso? –Si comadrita, yo sabía que cuando se emborrachaba daba propina a los mocosos, pero hoy que liabrá pasau, bien por nosotros y bien por él, que le vaya mejor... y ojalá lo complete con las yuquitas pal sancocho.

Los arrieros se habían dividido el pueblo por manzanas para hacer un reparto equitativo.

–Ño Alonso les manda esta chancaquita pa´ su chichita del carnaval, decían al dueño o dueña de casa dejándoles un tongo, y con las mismas pasaban a otra casa para repetir el encargo.

San Pablo, coparticiparía de su venganza. Dos años de arduo trabajo y el hacendado no quería cancelarle el sueldo pactado. Claro que había sido partícipe de la abundante mesa y de los finos tragos. Pero el sueldo es el sueldo. Se acordó del dicho de su padre: *No te amilanes hijo, no dejes que te pisen el poncho*, y el regalar la chancaca en su pueblo natal era la mejor de sus venganzas y muestra de orgullo.

Ya sin chancaca, los arrieros, animosos por el buen desayuno recibido del posadero y por las copitas de cañazo entre pecho y espalda, emprendieron retorno rumbo a Canchán. En La Capellanía, hicieron un alto para comprar aguardiente. Llegaron a la hora del almuerzo

-Buenas días Patrón Rafael, aquí estamos, cumplimos con el encargo que Ño Alonso nos dio. Él se jué por La Meseta, disquiaver a una muchacha que la quiere pa su mujer. Después sirá pa San Miguel a ver a su mamita. Dijo Sebastián, el guía de los arrieros.

-¿Y la plata de la venta?, requirió inquieto el hacendado.

-No hay plata, Ño Alonso dijo que regalemos la chancaca, en todito San Pablo.

-¡Carajo, muy buena me ha hecho ese jovencito de mierda! y chasqueando el fueite en la caña de la bota, se retiró a su despacho a rumiar su frustración. Tiró el sombrero de palma en una silla, colocó un disco en la vitrola, le dio manizuela, prendió un cigarrillo y se puso a cavilar...

Quando se desató la peste bubónica en esta hacienda y los sanitarios de Trujillo se cagaban de miedo de ser contagiados, este jovencito rebelde, organizó las brigadas de desinfección y adiestró a los alpartidarios más valientes para que con mochila a las espaldas fumigaran las chozas. Fue él quien ordenó hacer una fosa común para los muertos y otra para los cuyes, que requisó de cada una de las casas y el mismo con el lanzallamas de los trujillanos quemó vivos a los roedores y con ellos a las pulgas; y, gracias a estas medidas se pudo controlar la peste.

Y el serpentín de Arquímedes para una pronta y uniforme tostada de la alverja para el pepián fue idea suya; y eso nos permitió abastecer de manera oportuna

de harina de alverja a Quindén, Yamas, La Mascota y Tauliz.

Es el que con ojo de experto dispone el inicio del corte de la caña para obtener el máximo rendimiento de chancaca o aguardiente, ni muy temprana, que no tenga cuerpo, ni muy tardía, que se haya secado demasiado y el jugo sea escaso.

Fue el que en la plaga de loros que estaba acabando con el maíz, hizo que alrededor de las mazorcas colocaron lana escarmenada y los dañinos quedaron atrapados enredados en la lana, fue tan abundante la caza que al llevarlos y venderlos en Trujillo, tuvimos una ganancia que bien reparó el daño de los loros.

Fue el que cuando tuvimos una cosecha tan generosa de yuca y ésta se estaba pudriendo, que premunido de clavo y martillo hizo de cilindros unos ralladores con los que se las desmenuzó, y tuvimos almidón que después vendimos a buen precio.

Que fue él, quien salvó de morir al semental Brown Swiss adquirido de Lima, a precio elevadísimo, para mejorar la sangre del ganado, que se había empanzado al comer yerbas malas que le produjeron gases y patas arriba estaba muriéndose; y, que ni los más entendidos del lugar podían hacer nada, sin embargo Alonso sacando su cuchilla marca Toro, extendió el trocar y un carrizo puntiagudo, perforándole la ingle hizo que los gases salieran por los aires junto con bazofia, que por mi curiosidad para ver cómo lo hacía, me cubrió la cara. Pero

estaba feliz porque el toro se levantó, retozo en la era y empezó a caminar.

Era el que con su carabina 30-30 mataba los venados que luego los cocineros cecinaban para las encomiendas que eran enviadas a los familiares de Pacasmayo, Trujillo y Lima.

Era el que se enfrentó al embozado asaltacaminos que, pistola en mano, en las alturas de Condorcuna, camino a La Mascota, pretendió agredirme; Alonso lo reconoció por la montura y el arnés de su cabalgadura, y a viva voz le increpó: ¡Artemio, como te atreves, carajo!, y, al retroceder el asaltante, fue él el que inició su persecución, pero se quedó plantado al pedirle que no lo hiciera porque temía quedarme solo. -Otro día lo harás, por hoy, quiero que me dejes en la Estación de Terlén para viajar, seguro, en vagón hasta Pacasmayo, le dije con un temor que me estaba calando hasta los huesos.

Hice mal en negarle el pago que bien lo merecía. Estoy convencido que su ayuda en la administración de la hacienda es valiosa, que bien vale la pena seguir contando con sus servicios. Le pagaré lo que le debo, le perdonaré este desliz propio de su juventud y de su rebeldía... De la vitrola, ya solo salía un chasquido que se repetía a cada vuelta del disco.

Su orgullo le impedía llamar al jovenzuelo.

Pasó una quincena, la hacienda evidenció falencias en la administración directa por el dueño, el que impelido por las circunstancias dio su brazo a torcer.

Don Rafael llamó a Sebastián, le dio dinero y la carta de puño y letra suyos, decía:

***Canchán, 10 de febrero del Año del Señor de
1940***

***Estimado jovencito don Alonso Goyeneche
Oliva.***

San Miguel.

Con Sebastián estoy remitiendo el pago de los dos años de tu sueldo que los tenía atrasados. Lo que has mandado a hacer con la chancaca en San Pablo quedará para mí en el olvido, necesito seguir contando con tus servicios.

Espero de ti una respuesta pronta y positiva.

Atentamente;

Rafael Castro Mendivil.

Dinero y carta que debes entregar a Alonso Goyeneche. Sebastián, con premura, cumplió el encargo.

Cuando Alonso terminó de leer la carta, dijo al arriero: “Bien que se lo merecía, volveré al trabajo y que otra vez no vuelva a cumplir sus compromisos”.

JOSEFINA

Josefina estaba nerviosa, no hubiese querido dejar su casita, pero obediente a lo que mandaban sus padres, aceptó venir a trabajar a la ciudad.

Llegó chapocita, el frío de los campos y el aire puro habían pintado sus mejillas. En la quebrada a la entrada del pueblo se lavó los pies. Le



habían quedado coloraditos de tanto sobarlos con una piedrita redonda llevaba consigo, pero relucientes de limpios.

-Para entrar a la casa, la patrona le dijo. María sácate los llanques. No ensucies el piso porque recién le han pasado cera.

-*Ya niña.* Le contestó temblorosa, así debía tratar a su patrona, como le había dicho su mamá.

En su cabecita se formaron imágenes de gente sobando velas a esas tablitas jaspeadas del piso de la casa. Sobando con tal fuerza hasta hacerlas brillar, tanto que parecía un espejo *grandazo*. Su carita se volvió más colorada, pero esta vez de vergüenza. Antes, nadie le había hecho que se sacara sus llanques para entrar a una casa.

Se llamaba Josefina y en su casa le decían con cariño Fina. Ahora la señora le llamaba María. ¿La patrona tendría mala memoria?

La patrona le dijo que ella también debería aprender a trapear el piso. Se imaginaba de rodillas sobando las ceras y el sudor que le caía por la frente. Ya se veía reflejada en las tablitas.

!Qué bonita y grande era esa casa, cuántos cuartos con alfombras y paredes pintaditas y con fotos de colores! En el cuarto del niño Ángel Pierre, pasó sus manos sobre las frazadas, ¡qué suavécitas eran! Tenía una mesa llena de revistas, libros y cuadernos. Un estante grande a un costado estaba lleno de juguetes. Un espejo era la puerta de un andamio donde el niño Ángel Pierre guardaba su

ropa. ¡Qué rico que olía ese cuarto! Ese era el cuarto del niño al que debería cuidar.

- *Pórtate bien, Finita. Nuagarres cosas de lus niños sin quellus te den. Ubedeciatus patrones.*

- *Así cati será mamita.*

- *A mediaus del mes volveré.*

Josefina, resignada y triste, se quedó. Unas lágrimas rodaron por su carita.

Le arreglaron un vestido y le colocaron unos zapatos que habían sido de la niña Karina. Quisieron soltarle las trencitas; no se dejó. Se sentía rara. Hasta sentía frío porque le habían quitado sus polleritas de lana. Andaba como palomita que caminaba sobre calamina caliente de la escuela de Rumipata. No sabía si porque le ajustaban los zapatos o por no malograr las brillantes tablitas del piso.

En su casa comían todos juntos, sentados en el suelo alrededor del fogón. Aquí comía en la cocina acompañando a Jacinta, la cocinera. Veía que a los patrones les servían comida diferente a la de ellas. Jacinta le dijo:

- *Asíes Fina. Dicen queso comida es muy cara y quia nosotros no nos gusta.*

Dormiría en un cuartito en la azotea. Sultán el perro de la casa, tenía, también, allí su casita. La primera noche durmió con la luz encendida. Quiso apagarla soplando pero no pudo. Sopló con todas sus fuerzas y no pasó nada.

El teléfono le parecía cosa de magia, pero pronto aprendió a contestar por él.

Le gustaba mirar la televisión. Esos dibujitos que se movían en la pantalla la distraían.

Pierre tenía 4 añitos y ya iba a una casa donde estudiaba. Allí se enteró que se llamaba Jardín. ¡Tan tiernito y ya estudiaba!. Ella tenía 8 y a la escuela de Rumipata solo la conocía de lejitos.

Qué bonita era esa casa donde estudiaba el niño Ángel Pierre y cuántos niños que correteaban alegres; y, qué bonita la señorita maestra.

La patrona había colocado, en una cajita de plástico, chocolates, galletas y una botellita con jugo para el niño

Un día Josefina no resistió probar esos ricos dulces. Tomó un pedazo de chocolate que Ángel Pierre había dejado a medio comer.

- ¡María, por qué has comido el chocolate del niño Ángel! Va a desnutrirse.

- No luhé comíu, niña.

Josefina, se quedó pensando en cómo es que la niña se había enterado, si nadie, ni el niño Ángel Pierre lo habían visto, Ignoraba que de su boquita salía el olor a chocolate que la delató.

La señora, enojada, le dio unas palmadas en las manos y luego en la boca para que otra vez no lo hiciera.

- *Jura por Dios que no tomarás nada de la lonchera del niño.*

Josefina lloraba, hablando entrecortado dijo:

- *Ay niñita, juro por Diosito, No pue loey dihacer.*

Al niño Pierre, le habían dado varios billetes para ir a la feria de Corpus. Josefina lo acompañaría. El niño compró juguetes, helados picarones y algodón rosado de azúcar. Ella sentía que la saliva le pasaba dolorosamente por la garganta.

Josefina cargaba los juguetes. Una vez en su cuarto, el niño empezó a jugar con sus nuevos juguetes pero no encontró un carrito rojo.

- *María, ¿dónde está mi carrito rojo?*

- *Ai debestar, niño.*

- *Te digo que no está.*

- *En la cumbi sihabrá quedau.*

El niño desahogó su rabia dándole puntapiés en las canillitas.

Un día la niña Karina, le dijo que planchara un vestido. Había visto a la patrona que colocaba la plancha sobre la tela y la dejaba hasta que quedara sin arrugas. Así lo hizo. Cuando levantó la plancha, el vestido quedó con un sector hueco como la forma de la base de la plancha.

Recibió una reprimenda y golpes de parte de la niña Karina. Le puso la plancha caliente sobre su falda.

Casi le quema la pierna. Josefina no podía comprender que una niña tan bonita fuera tan mala.

Cuando por las noches ladraba Sultán a los que pasaban por la calle era la primera en despertar. En su insomnio pensaba en su casita de adobes y de paja. Sin embargo había aprendido a manejar la lustradora y a encender la televisión.

Un día el niño Giancarlo, después de salir de su colegio de secundaria, la llevó a su cuarto a que lustrara el piso. Él se tiró en la cama hojeando una revista Playboy, fumaba un cigarrillo y mientras ella llevaba la lustradora de un extremo a otro la miraba de una manera que le dio miedo. Terminó de lustrar y salió temblando del cuarto.

El domingo, la familia saldría de paseo. La víspera, todos se habían preparado. Josefina se había despertado tarde. No había podido dormir, porque Sultán ladró toda la noche. La señora la despertó meciéndola de sus dos trencitas. Le pareció que la despellejaría. Lloró en silencio.

Josefina y Sultán se quedarían en casa. Deberían cuidarla de los ladrones.

-María, en la cocina queda tu comida. Le das un poco a Sultán.

Echaron llave a la casa. Josefina en su soledad se sentía libre. Cantó las canciones que solía cantarlas cuando pastaba sus ovejas. Después lloró de nostalgia. No comió de pena. Toda la comida se la dio a Sultán.

El lunes llevó al niño Ángel Pierre a su Jardín. Al regresar a casa se dio cuenta que el vestido le quedaba flojo. Había adelgazado. Y sin intentarlo, contaba los días que faltaban para ver a su mamá.

Tal como le había prometido, a los quince días había vuelto su mamá.

La patrona, muy cariñosa, le dio 2 soles de propina para que se comprara lo que quisiera. Josefina le dijo a su mamá que fueran al mercado para comprar unas cintas de colores para sus trenzas.

En el mercado en medio del bullicio de las gentes le dijo a su mamá:

- Mamita, mamita, no me dejes pué. No me hago. Mucho me pega la patrona. Mira lo que me pateya el niño Pierre.

Le mostró sus canillitas llenas de verdes y de moretones de los golpes recibidos.

La mamá lloró también. No regresaron a la casa de la patrona.

Cuando Josefina llevaba una semana gozando de la libertad de su casita en el campo, del olor de sus animales, del aroma de los pastos, las yerbas y las flores, vio sorprendida que llegaban dos policías a su casa.

La señora las había demandado por el robo de quinientos soles.

Acudieron a la dependencia policial acompañadas de su papá. Allí no pudieron convencer de su inocencia a la policía que escribía en una máquina.

- *La señora los acusa y punto. La señora no va a mentir; en cambio ustedes están acostumbrados a robar y a mentir a cada rato.* Decía la policía con solemnidad, mientras arreglaba su cabellera en su gorro redondo. Tienen que devolver lo que han robado.

Estuvieron en la dependencia policial todo el día hasta que su papá vendiera tres carneros para pagar los quinientos soles.

Ya en casa pensaban en la inequidad de la justicia oficial y la compararon con la que impartía las rondas■

SEQUÍA EN CONDORUMI

Ya lo habían dicho los Ayachi, Condorumi tendría dos años de sequía, estas afirmaciones las hacían luego de haber observado las estrellas, el sol, la luna, el rayo, las piedras, los ríos, los puquiales, las lagunas tomando el pulso al futuro. Como siempre los pobladores, unos a favor y otros en contra de los pronósticos comentaban sus pareceres en los recodos de los caminos, en la plaza pecuaria, en cada reunión comunal.

Condorumi, era una ladera donde se habían ubicado las casas y unos cerros de bosquecillos seco-montanos, buenos para la cría de cabras. Los llanos en cambio servían para la cría de ovejas y vacas y para el cultivo de maíz asociado con frijol y otras menestras. Al paso de los días los pobladores de Condorumi se dieron cuenta que el puquio del que se abastecían de agua para el consumo

humano ya traía menos agua y era necesario madrugar y hacer cola para recoger uno o dos baldes. La laguna que servía de abrevadero de los animales tenía menos agua que antes. El cielo ya no presentaba nubes y el sol calentaba más. Era un cielo azul turquí intenso, sin nubes. Los cultivos se secaban.

Al paso de los días escaseó más el agua, tanto que era necesario caminar dos horas para traerla en cacharros, baldes y botellas de plástico a las que las llamaban capachos. Para satisfacer las necesidades de su querida profesora los niños tomaron la decisión de traer un capacho lleno de agua cada uno además del que traían para ellos.

La pequeña laguna se había tornado verde, sus aguas espesas hacían daño a los animales, tanto que vacas, caballos y cabras no querían tomar esa bazofia y tenían que ser llevados a abrevar al río.



Don Fredesvindo aseguró que hay un promedio mensual de 20 a 30 cabras preñadas que se mueren por

hambre y sed y otro similar número de cabritos que no pueden subsistir por la falta de alimento

Pero además, los cabritos que logran subsistir están muy débiles por la falta de lluvia en el campo

Todos recordaban aquel año en que una sequía obligó a todos los de Condorumi a subirse a los terrenos comunales de la altura, donde, aunque poca, podían encontrar agua para ellos y para sus animales.

Choco, el mitayo llegó una tarde con seis cabras menos. Sospechando que Choco se haya vuelto mañoso y matado a los animales, doña Dolores, después de encerrar en el corral al rebaño caprino, se dirigió a las quebradas donde pastaba su ganado. El mitayo, moviendo la cola seguía delante, deteniendo a las orejas. Llegaron a lo que antes era el abrevadero natural; y, en las arenas secas encontró, tiradas, patas al cielo a las seis cabras que faltaban, todas habían estado preñadas. Doña Dolores, cargando sobre los hombros los restos de una de ellas, retornó al villorrio a comunicar a sus vecinos lo sucedido y decirles que podían traer las restantes para su beneficio, sin embargo nadie fue, todos los pobladores tenían similares pérdidas.

Los cultivares se habían puesto mustios. Los maíces no llegaron a mazorcas y los frijoles colgaban sus hojas marchitas de las plantas de maíz secas. El puquio, antes abundante en aguas, ahora dejaba caer solo un hilillo de agua con un sabor salino.

Aunque las trojes de la comunidad se vaciaron, no obstante con reverencia guardaron mazorcas de maíz en

wayungas, en cambio los frijoles eran guardados a la sombra y en urpos, mezclados con arena para impedir el ataque de los gorgojos.

Los ahorros de los pobladores se estaban reduciendo por la compra de bidones de agua o cilindradas del carro cisterna, cuyo dueño argumentaba que cobraba caro porque las dieciocho horas que empleaba en la venida y dieciséis con el regreso, consumían mucha gasolina.

Los productos de pan llevar, de las tres tiendas que en Condorumi había, subieron de precio

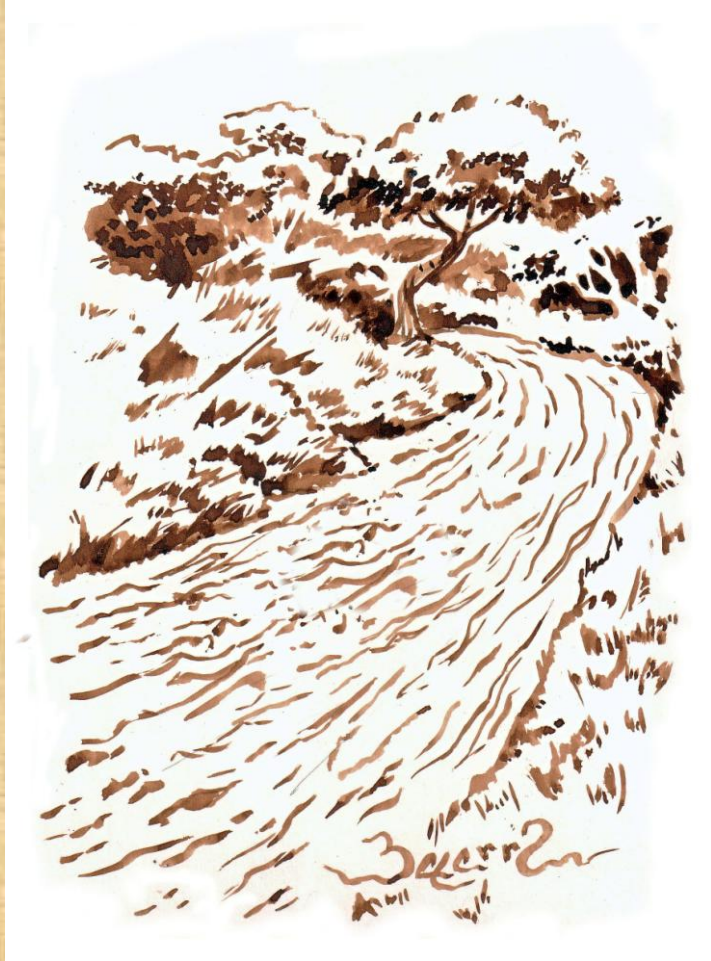
La posta médica recibía a niños con insolación y a adultos con quemaduras solares en los rostros.

Sin embargo los condoruminos quemaron la hierba seca de los cerros con la firme creencia que el humo se convertiría en nubes y éstas darían lluvias. Por más que la profesora les decía que eso es imposible, su prédica caía en oídos sordos.

“Soy pajita de la jalca/ que todo el mundo me quema/pero el gusto que me queda/ es queidenacer cuando llueva”, cantaban los que tizón en mano incendiaban las laderas secas.

Dante, un joven estudiante de agronomía pero que comprendía a los Ayachi, sostuvo que es necesario curar la “fiebre” de la Madre Naturaleza, que no la lastimemos con más incendios en las praderas. No hay peor sordo que el que no quiere escuchar y los condoruminos seguían quemando.

El río de abajo, aún con poco agua, ofrecía algunas truchas, las que después se acabaron cuando los campesinos las depredaron con sus atarrayas cada vez que iban por agua



El presidente de la APAFA, recordó a los asociados que el año anterior habían tenido una abundante cosecha de papa, así también en todas las comunidades aledañas, tanto que la papa se puso tan barata, por lo que los pobladores habían decidido dejarla podrir en las chacras. Pero fue la profesora que en una reunión de padres de familia, demostró que la papa podría guardarse sin que se malograra, para lo cual era necesario convertirla en almidón. Había llevado diez kilos de papa, ralladores que confeccionaron los niños de latas de conserva desechadas, un trozo de tela rala, tinas y baldes. Padres y madres, en bateas llenas de agua, rallaron las papas, tamizaron lo rallado; el afrecho fue reservado para alimentar a los chanchitos que en la pequeña granja aún tenía la profesora. Dejaron decantar y al fondo de la tina quedó una pasta blanca, la sacaron y la dejaron decantar en un balde transparente y al día siguiente pesaron y tenían dos kilos de almidón. Con él y maíz morado, prepararon mazamorra morada que la endulzaron con chancaca del valle. Todos degustaron lo preparado y convencidos por la práctica, cosecharon sus papas y la convirtieron en almidón, lo secaron al sol y lo almacenaron a resguardo de alimañas. Un ejemplo de acciones y pensamiento acertados que en circunstancias adversas se debe tener en cuenta.

La reducción en el consumo de alimentos deterioro el estado nutricional y la resistencia a las infecciones trajo como consecuencia que los pobladores enfermaran de diversas afecciones. La posta médica se vio colmada y no tuvo medicinas para atenderlos por lo que recurrían a remedios caseros.

Los pobladores estaban quisquillosos, por quítame esta paja, peleaban. Los que se sentían con fuerza migraron a la costa en busca de mejores oportunidades. Llegaron a engrosar los cinturones miseria de las ciudades, a pasar hambres, privaciones y penurias. Pronto las emisoras de radio y televisión al igual que los periódicos hicieron conocer de situación de pobreza extrema en que ellos vivían.

En Condorumi, don Ignacio La Torre, el rosarriero, promovió una procesión de la Virgen de la Asunción por las chacras, con cánticos y rezos pidiendo lluvias. Los evangélicos, nazarenos y bautistas y los testigos de Jehová se reían de esas muestras de fe, devoción y contrición.

Los pobladores en asamblea comunal acordaron utilizar los alimentos en forma racionada para abastecerse durante el tiempo que dure la sequía, aunar esfuerzos con sus vecinos en la solución de problemas inmediatos y comunicar a las autoridades sobre el rigor de la sequía.

Cursaron memoriales a la subprefectura, sin embargo no se tenía ninguna respuesta. Solo cuando desde la costa se cubrió la noticia de los campesinos migrantes y las miserias que pasaban, es que el gobierno envió ayuda a Condorumi.

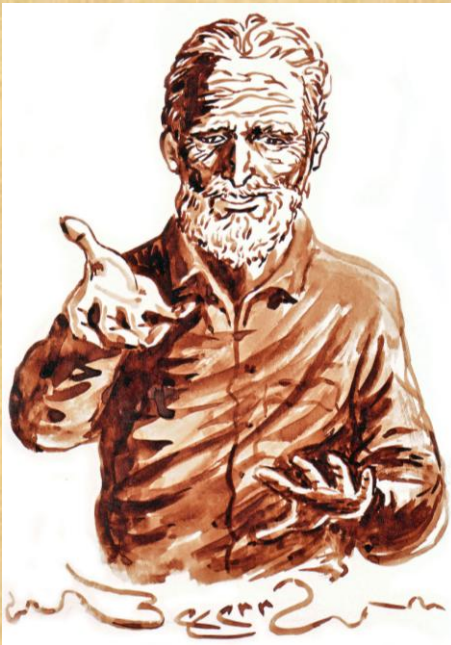
Cumplidos los dos años, los Ayachi, sacerdotes andinos, interrogaron a las estrellas, tomaron el pulso a la tierra. En los Andes, el clima, que es la manera de mostrarse de los ciclos cósmicos y telúricos, es sumamente variable e irregular, sin embargo se anunciaba dentro de poco algunas lluvias.

Por la polvorienta trocha llegaron tres tanques cisterna para asistir con agua a pobladores y animales que famélicos desfallecían; completaba la caravana salvadora dos camiones con comestibles y una ambulancia con medicinas, médico, enfermera, un técnico médico y semillas.

Los Ayachi, subieron a Condorcaca, el cerro tutelar de Condorumi, llevaron coca, licor, cigarros y comida para en conjunto congraciarse con la naturaleza y pedir mejores tiempos.

Coincidiendo con las fechas se presentaron las lluvias, los niños famélicos observaban como las primeras gotas se perdían las tierras secas o evaporarse de las rocas calientes.

EL LOCO DE LOS ATARDECERES



Los niños dejaron sus juegos y se unieron a los que en círculo escuchaban atentos al Loco de la tarde:

-Hay en este mundo, dos clases de gentes, los que nacen con suerte y los que nacieron sin ella. Hay niños, los sin suerte, que van creciendo sin rondas y sin juguetes, sin cantos ni aprestamiento; que no nacieron para ellos ni Fröebel, ni Montessori, ni Piaget, ni Jardineras.

Los vecinos del barrio y los mercachifles del mercado que le conocían de siempre, cuentan que era un profesor muy querido, que después de una larga huelga lo llevaron detenido. Nadie sabía de su paradero hasta que una madrugada apareció, junto a las cantinas de los madrugadores. Sus familiares lo llevaron a casa, pero un día, por la tarde, se escapó y vino a esta plazuela y empezó su perorata de maestro:

-Estos niños van creciendo y crecerán sin saber que hay carteles coloridos de unas frases muy bonitas que cuelgan en las paredes de las aulas del "jardín", o que portan en pregones aquellos niños con suerte.

-Nada de eso, poco o nada, tienen María y José como que son sólo hijos de un pobre trabajador; que en este mundo de clases, los de arriba han sentenciado: Tanto tienes, tanto vales.

-Estos niños... (me refiero a los sin suerte...) van creciendo y sabrán lo que es dormir en el cajón que sostiene el primus o el brasero con que prepara mamá emolientes o anticuchos en la esquina del mercado; o dormita dormitando, con un sol canicular, bajo el plástico del toldo que papá cuida y defiende de las garras y el garrote de fierro municipal.

-Y crecerán con pregones de frutas de la estación, que otros saborearán... Y crecerán pregonando diarios de la capital, que en titulares latosos cruda realidad ocultan en pos, en aras y en pro de la paz y la concordia, que este país necesita para salir de la crisis o evitar la bancarrota...

Los niños, que habían dejado sus juegos; y, los comerciantes, que habían dejado sus ventas, quedaban admirados de la memoria del Loco de la Tarde, y seguían con atención la impecable dicción y la histriónica performance de él.

-Crecerán ellos, lavando vidrios, puertas, tapafangos de autos y de camionetas, a los que otros subirán. Crecerán lustrando botas y zapatos y botines, sin manchar los calcetines de algún niño con suerte. Y a tumbos comprenderán que hay jardines y jardines, que hay escuelas y escuelas y que siempre los mejores son para niños con suerte.

-Y crecerán pudriéndose en calles y callejones, con olores de albañales, con humedades de marzo, con estos fríos de junio, con aquel polvo de agosto.

-Estos niños... con agravios y desplantes, con miradas despectivas, de un mirar por sobre el hombro, con dolor y con tormentos de las hambres cotidianas blasfemando aprenderán que el salario de papá hoy no llenará la olla.

-Pobre profesor, ganan tan poco los profesores, que es posible que el hambre lo haya vuelto así. Dicen que era poeta y lo que está diciendo es un poema que recitaba con emoción en la televisión.

-No fue por eso, una vez lo detuvieron y luego de unos días lo devolvieron así.

-Y crecerán sin saber, que en esta lid desigual, otros seres como ellos en el camino quedaron... ¡Y crecerán sin saber que ellos también fueron niños! Más como nada

hay eterno, sí en dialéctico discurso, pronto el día llegará en que el pueblo organizado, con los niños en su causa, haga de todos los niños: FELICES NIÑOS CON SUERTE!

Un silencio profundo se hizo en el parque y se escuchó a un comerciante decir:

-Este hombre no está loco, locos son los gobernantes que no ven que hay niños en la calle, lanzados a su suerte y no hacen nada por cambiar la situación.

La noche cubrió la ciudad.

EL BOTIQUÍN DEL GALLERO

El “Soldado”, su gallo, el más engreído, había ganado la pelea, estaba orgulloso de su ajiaseco al que por sus añoranzas del ejército le había puesto ese nombre, jactancioso porque había dado muerte al “Cardenal”, el mejor de los gallos de don Atanasio. Quinientos soles oro fue la apuesta.

Pidió una caja de cerveza al dueño del palenque “El Gallo de Oro”.

-Esta caja es para usted don Atanasio, a gran perdedor, grandes honores. Don Atanasio agarró con sus dos bien dotadas manos la caja y se la llevó a tomar con sus amigos.

-¡A caray!, este hombre no quiere tomar conmigo, tráigame dos para mí y mis amigos, dijo don Alberto y luego empezó a destapar las botellas y dárselas a los circunstantes que habían formado un ruedo.

Después de algunos vasos entre pecho y espaldas los júbilos fueron en aumento, hasta que uno de los acompañantes conocedor, como todos, de las habilidades de declamador y cantante, dijo:

-¡Oiga don Alberto, dígame unos versos por su triunfo!

-Como la hinchada lo pide, voy a complacerlos con estos versos que una vez lo escuchara en un palenque como éste y me gustó tanto que se la compré al declamador, por un par de cervezas, claro, respondió don Alberto.

Mi gallo: El Soldado

*Muy gallardo y muy valiente
le canta el Soldado a su suerte,
lleva un mensaje de vida
pero también un reto de muerte.*



*Con su mirada fulminante
y el plumaje reluciente,
desea partirse el alma,
orgullosa en el palenque*

*Se manifiesta en él su estirpe
la nobleza de su ley,*

*le da gracias al cielo
de que aquí él es el rey.*

*Soldado busca una polla
para hacerse su nidito,
él; que es de sangre caliente
le gusta dormir calentito.*

*En el mundo en que vivimos
abundan muchos truhanes,
por eso como buen gallo
siempre reta a los rivales.*

*Esa casta de valientes
que no admite porquerías,
le gusta el vivir honesto
lo demás son tonterías.*

-Bravo, bravo, Jinete.

-Salú soldados.

-Salú Jinete, respondieron los presentes en coro.

Y como impelido por fuerzas extrañas empezó a cantar: "Por las lejanas montañas/va cabalgando un jinete ..."

-¡Bravo, bravo! Gritó la gallera en pleno acompañándose con sonoros aplausos, que engolosinaron a don Alberto.

-Permítanme señores, brindar por el Cabo Lucho, mi preparador que gracias a sus trabajos siempre salgo ganador, sin sus habilidades gallísticas de colocar pitones, de soplar las alas, de enseñar mañas en las topadas y otras cosas que no se dicen, porque son secretos profesionales, no hubiésemos ganado. Él es el que saca a pasear a los gallos estresados, es el que les entrega gallinas para que les echen su polvorete y lleguen a la pelea satisfechos. Salú soldados.

-¡Salú Jinete! Otra vez la gallera en pleno.

Ya chispeaditos optaron por ir a casa, además habían notado que doña Aurelia estaba rondando y quería llevárselo a su Alberto.

Cabo Lucho era el preparador que estaba al diario cuidado de sus gallos, alimentación, medicina y careos, a la mañana, al medio día y al atardecer. Cuidaba que no faltara ninguna medicina gallística en el botiquín.

-Jinete, los gallos estaban muermitos y tristes les di suspensión de coccidoa que ha salido muy buena y le empujé a cada animal medio mililitro; además aplique cincuenta mililitros de vigantol y hoy levantaron el pico, mañana les daré pan con leche. Decía Cabo Lucho a don Alberto que estaba tomando sus agüitas refrescantes para el flato.

-Siga con los cuidados, no se olvide mi Cabo, que los gallos deben responder en el campeonato de

setiembre, por esto tienen el botiquín mejor dotado de toda la provincia, recuerde que es la envidia de todos los galleros. Pero eso me cuesta mucha plata. El gallo de pelea puede mejorar sus posibilidades de triunfar cuando está bien entrenado y alimentado. Por eso mi Cabo esté pendiente de la alimentación de mis gallos y no olvide el entrenamiento para mantenerlos en condición suprema, es requerido hacer ejercicios de entrenamiento que puedan fortalecer los músculos de ataque.

-Comprendido Jinete.

Pasado unos días, Lucho, el hijo del gallero, cayó por un tropezón y sangró de la rodilla derecha. Fue llevado al centro de trabajo por su madre.

-El Yucho sangra de la rodilla, y en la casa no hay ni un botiquín para nosotros, Alberto has algo, le dijo Aurelia, su esposa.

El padre ausculta a su hijo con curiosidad, luego responde.

-No os preocupéis esposa mía, que la María lo lleve a la posta médica para que el Ángel lo cure, ¡para eso mi *concuñao* es el sanitario del Centro de Salud!. ¡Qué caray!

TERCERA PARTE
RELATOS Y ANÉCDOTAS

LOS CARPINTEROS Y LOS DIFUNTOS

Relato

En Bellavista, un centro poblado del distrito de Sitacocha¹¹, cuando alguien muere, los vecinos y amigos de lugares aledaños llegan a la casa del difunto trayendo coca, cigarras, alcohol o algo para la comida. Pero los carpinteros de Bellavista llegan con una tabla y algunas herramientas, como serrucho, martillo o cepillo, o clavos y cola. Luego de manifestar su pesar a los dolientes y haber tomado alguna copita y chacchado coca, se reúnen en un rincón del patio y en silencio acuerdan en qué casa irían a trabajar.

Designada la casa, el carpintero dueño de ella, se acerca al difunto y disimuladamente, toma la medida del largo y ancho del fallecido, ayudado por un cordel.

El carpintero anfitrión, ya en su casa-taller, dirige la confección de la caja de muerto, dispone cortes, cepillado. Los dolientes llevan calentitos¹² y comida a los carpinteros.

¹¹ Sitacocha, distrito de la provincia de Cajabamba, que tiene como capital a la Ciudad de Lluchubamba.

¹² El calentito es un trago hecho con alcohol y el sumo de panizara con azúcar y limón. Muy estimulante.

Entre remembranzas del difunto, chascarros y chismes del lugar, terminan su obra.

Entretanto han llegado, a la casa del difunto, las mamás con sus niños, pellejos de carnero y frazadas para acompañar al muertito. Todas ayudan a las mujeres de la casa a preparar la comida. En el patio juegan los niños, ignorando la dimensión de la pérdida.

Concluida la caja, los carpinteros la llevan a la casa doliente donde la entregan al familiar de mayor rango, el que la recibe agradecido.

Los carpinteros junto con el rezador, que son los personajes centro de la atención de los asistentes en la noche del velorio, son halagados con alcohol, cigarros, cuy frito y picante de papas.



En Bellavista, no permiten que sus muertos se entierren sólo envueltos en mantas como en algunas comunidades pobres o donde no hay carpinteros■

LOS TRANSPORTISTAS DE ALGAMARCA

(Anécdota)

Transcurría el año de 1990, viajaba a la localidad de Algamarca a una reunión docente dentro del Plan Nacional de Capacitación Docente. Debería reunirme con doce profesores conformantes de esa red.

En un ómnibus que cubre la ruta, partimos de Cajabamba a las cinco de la mañana. Sin ningún

obstáculo llegamos a Araqueda y de allí a la Cumbre y luego a la bajada a Algamarca. En la ruta iban quedando pasajeros. De la Cumbre, en adelante, a lo largo de la carretera se ve a los niños que van a la escuela pero que se entretienen jugando y recién cuando se dan cuenta que el ómnibus está cerca, guardan pelotas y bártulos de juego; el chofer del ómnibus va invitando a los niños a subir al vehículo, de tal manera que a Algamarca llega con más niños que pasajeros de Cajabamba. En Algamarca, los niños bajan y en coro agradecen al chofer.

Me quedé sorprendido sobremanera por la actitud del conductor, que no la he visto en otros lugares.

Ya en la reunión docente refiero a los profesores de lo enormemente positivo de la actitud del chofer.

Los docentes arrancan en risas. Explican sus razones: antes los niños no eran recogidos por los transportistas, lo escolares, en venganza, llenaban de piedras la carretera obstaculizando el pase de los vehículos, que para continuar camino tenían al ayudante tirando las piedras fuera de la carretera. De la noche a la mañana los transportistas, no sabemos si por consejos de alguien o por decisión propia, empezaron a recoger a los escolares y eran ellos mismos los que se bajaban para limpiar la carretera. En los siguientes viajes la carretera lucía completamente limpia, sin obstáculos.

Transportistas y alumnos ganaron.



EL QUINCE DE JULIO

Anécdota

Aquella iba a ser una actuación en el Teatro Fénix, en la que participarían la Escuela Pre-vocacional de Mujeres N° 74 y la Pre-vocacional de Varones N° 73. Corrían los días del año de 1956, en esos tiempos, en San Miguel de Pallaques, no había Jardín de Niños ni Colegio Secundario. Era el 15 de Julio, aniversario del fusilamiento del coronel Leoncio Prado.

Don Octavio Lingán Cubas, el maestro de ceremonias para todas las actividades culturales, anunció.

- *Respetado y culto público sanmiguelino, el día de hoy 15 de Julio, conmemoramos la acción heroica de los Bravos de la Breña. El ejército peruano, comandado por Andrés Avelino Cáceres, el más*

grande defensor de la peruanidad, tuvo un encuentro con el ejército invasor, en Huamachuco, con un resultado lamentablemente adverso. En ese infausto encuentro cayó prisionero el Coronel Leoncio Prado. Hoy rendimos nuestra más grande recordación a él.

- *¡Cómo primer número!, el Himno Nacional entonado por el coro mixto preparado especialmente por el señor don César Armando Romero Tejada.*

El escenario, tenía en la pared del fondo un gran lienzo decorado con un sol que irradiaba sobre el lago Titicaca, del cual emergían Manco Cápac y Mama Ocllo, el inca agarraba con la mano derecha un cetro (varayoc) y con el brazo izquierdo abrazada de la cintura a Mama Ocllo. Se notaba que varios años de uso tenía ese telón de fondo, ya que la raída tela además de algunas hoyos, tenía gastada la pintura. Aquel escenario recibió a un grupo mixto de alumnos de la 73 y la 74 que tenían las mejores voces.

Don César Romero, al frente del coro, dio la nota con un diapasón que siempre llevaba en el bolsillo derecho de su saco. Somos libres, seamos... Al culminar el himno, un fuerte aplauso del público premió al coro. Cerraron el telón.

En el escenario, pero delante del telón el maestro de ceremonias anunció:

-Acto seguido, la escenificación de la muerte del Coronel Leoncio Prado.

Se abrió el telón dejando ver el decorado que para este “cuadro vivo”, había sido pintado en papel sacado de bolsas de azúcar y representaba el interior de una choza pequeña, sobre el piso habían instalado un pequeño catre de fierro de una sola plaza, con una nivea colcha que cubría a Leoncio Prado quien tenía la frente amarrada con una venda blanca, que hacía ver que ocultaba una herida en la cabeza.

Jorge Tirado personificaba a Leoncio Prado.

Nos habían dicho nuestros profesores que Leoncio Prado, que era masón y que por varios signos exteriores del chileno Felipe Fuensalida, nuestro patriota se había dado cuenta que el oficial que comandaba el pelotón era un hermano masón. Leoncio Prado, al saber que iba a ser ajusticiado en su lecho de dolor le pidió como último deseo el que le trajeran una taza de café y pidió permiso al oficial chileno para dirigir su muerte: que cuando diera el tercer golpe los soldados dispararían, uno a la cabeza y dos al pecho.

El número tres es el símbolo masón más conocido, sin embargo el oficial chileno no se dio por aludido o no reconoció la intención del prisionero que era el de ser identificado como masón, lamentablemente sin suerte.

Jorge Tirado, dio los golpecitos con la cuchara en la taza y al tercero se produjo la descarga. El profesor Lingán había hecho coincidir el tercer golpe con el estruendo de cohetones que él había prendido tras de bambalinas. Leoncio Prado, como en los retratos que lo representan abrió los brazos tiró la taza y cayó muerto.

La escena era patética. El público sanmiguelino de entonces, muy generoso en los aplausos, los inició a

rabiar, pero en ese momento un grito desgarrador estremeció los gruesos muros del viejo teatro.

-Mi hermanito, han matado a mi Jorgito, gritó Isabel Tirado y cayó desmayada. Quienes estaban a su lado impidieron que llegara al suelo y moviéndole los brazos trataban de reanimarla. Su profesora la señorita Elena Quijano, se apresuró a darle "aire" con su mantón; los soldados, que habían saltado del estrado ayudaban a darlo con sus gorras.

-¡No debías de venir hermanita, sabiendo que te dan los ataques, además debíamos haberte dicho que todo esto solo es "teatro", Chabelita, despierta por favor!, decía con angustia el redivivo Leoncio Prado.



TE LA CAMBIO POR UNA TORREJA

(Anécdota)

Hoy comeré medio cuy, la otra mitad es para Álvaro, decía para mis adentros, este paseo escolar mensual será inolvidable. Estaba decidido a pasar un día pleno de momentos felices en esta excursión que tenía como escenario el río San Miguel.

-Qué es lo que llevas de fiambre, me preguntó Beto Castañeda, con evidente curiosidad, cuando bajábamos al río.

-Cuy frito con papa picante y arroz, le contesté, ¿Y tú, que llevas? Le repliqué curioso.

-¡Arroz con torreja!, dijo con una expresión que indicaba lo especial de su fiambre y concluyó diciendo, si quieres hacemos un cambio, yo te doy una torreja y tú me das una pierna de cuy.

No sabía lo que era una torreja pero mi orgullo me impidió preguntarle qué cosa era ese plato, que por la manera con la que él decía, debería ser delicioso; con aire de confianza le dije que sí aunque la incertidumbre me aguijoneaba.

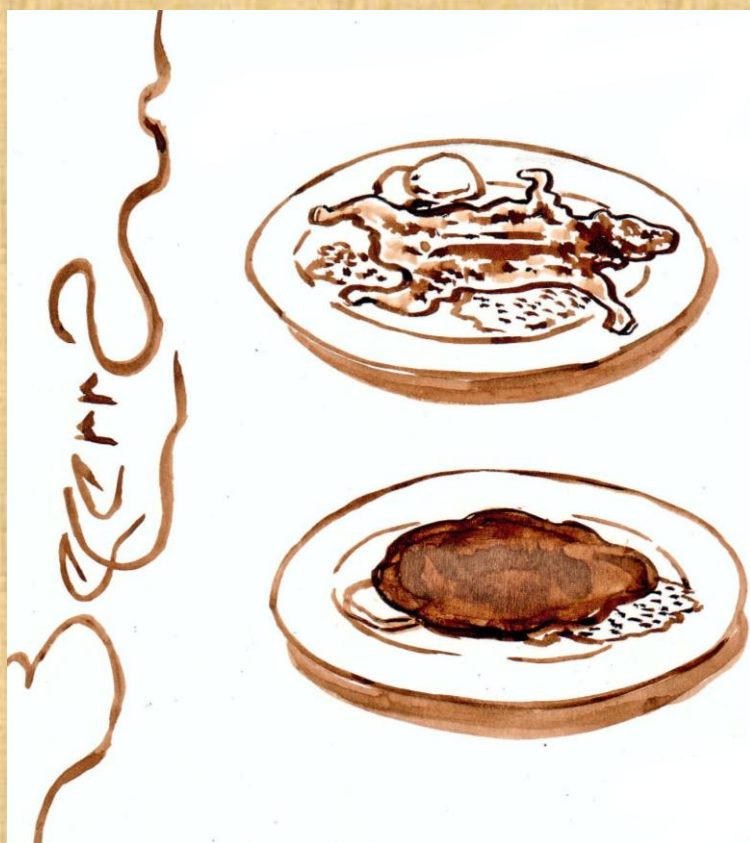
Ya en el río, chapoleamos alegres, nadamos en la poza, que era un remanso en el cauce turbulento. En las orillas tomamos el sol tirados en el césped.

Llegado el medio día el profesor del Cuarto Año, el Sr. Chico, don Diego Chico Segura nos indicó que podíamos almorzar.

Por grupos, profesores y alumnos, según amistad y familiaridad, fuimos por las chacras aledañas a descubrir los fiambres.

Con Beto y Álvaro, mi hermano menor, fuimos a una chacra de verde grama. Abrimos los fiambres y grande fue mi sorpresa al ver que Beto había traído arroz con unas modestas tortillas de harina, huevo y lechuga. Me alcanzó una y esperó le diera la pierna de cuy prometida. Dudé, pero más pudo mi orgullo, y a pesar de darme cuenta que se iba a realizar un cambio por demás injusto para mí, accedí. Mi padre me había enseñado que palabra dada es palabra empeñada.

Cumplí mi palabra pero me quedé solo con un cuarto de cuy porque la otra mitad le pertenecía a mi hermano Álvaro■



LA YATAMA

Relato

El camino de cercos de piedra, pencas y alisos serpentea al bajar a Tayaloma, a la vera izquierda se encontraba la casa del brujo más famoso de la zona: el Cojo Eugenio, vivienda, que hacía de entrada a una huerta de naranjos, limas, granadillas, plátanos, pacaes y manzanos.

Cuando el brujo se alejaba de su casa, montaba, mejor dicho lo hacían montar, sobre una dócil mula de blanco pelaje. Digo lo montaban porque Eugenio era un tullido y no tenía dominio de la parte inferior del cuerpo. Juana, una de sus esposas con ayuda de algún caminante subía a su hombre sobre la montura que había sido modificada especialmente para recibir un cuerpo deforme. Digo una de sus esposas porque vivía con dos hermanas: Elvira, en El Cedro y Juana en Tayaloma. Pero era Juana la que lo acompañaba en su trajinar de curandero, igual ayuda pedía para bajarlo en casa de algún paciente o en una cocinería para almorzar; en la mesa colocaba Juana un pulcro mantel, y sobre él un plato de fierro enlozado y

cuchara que siempre llevaba con ella. Precauciones que tomaban los del oficio ante posibles actos de venganza a través de las comidas.

-Buenos días doña Aurorita, buenos días Gringuita, véndame azufre, bálsamo de Buda; bálsamo del Perú; trozos del pico del pájaro Dios Te Dé, con su voz atiplada montado en su mula, solicitaba don Eugenio frente a la "BOTICA LA SALUD", estos y otros artículos, que según decían aplicaría en sus artes de hechicería, que todos sabían que eran para curar, no para perjudicar, como los brujos maleros.

-Gringuita, Dios te pague, dele a mi Juana. ¡Juana págale y agradece, *quihay questar* agradecidos de estas buenas atenciones!

Don Eugenio olía a yerbas, a bálsamo, a árnica y a tabaco. Al ver su contrahecha figura lo mirábamos curiosos, de él se decían muchas cosas: que está "compactao", que conversa con el diablo, que "*tuerce el culo a cualquiera*", que convalece borrachos y que sana a los locos...

En San Miguel, teníamos la tarde y el anochecer del sábado, y el domingo para jugar a nuestras anchas. Por las noches, a la luz de la luna, después que la beatitas salían del rezo, en la Plaza, fuera el portón de la casa de Don Gerardito, sentados alrededor de uno de los Coshones, que fungiendo de cuenta cuentos, nos estremecíamos de miedo con leyendas de cura sin cabeza, de la mula coja, de los ovillos de colores, de duendes, fantasmas y aparecidos. ¡Qué tiempos aquellos!

Después de las ferias de San Juan y del Arcángel San Miguel, nos juntábamos en la Pampa de San Juan, antesala del cementerio a jugar a los toros, o a ver a Aurorita Yépez y a Pepe Gálvez estrenar las primeras bicicletas que habían llegado al pueblo, que Jajejo fisgoneaba con exagerada atención, urdiendo para sus adentros cómo montar por primera vez una bicicleta en su vida.

Cuando los días eran solariegos, los muchachos en pequeños grupos organizábamos correrías por los campos para, invadiendo chacras ajenas, premunirnos de guabas, poro poros, tunas, granadillas y hasta choclos para preparar humitas en casa de alguno cuyos padres estaban de viaje.

Por estos lares no se veían manzanas más coloridas, de un carmín encendido, que las manzanas de la huerta del Cojo Eugenio, y que se nos hacía agua la boca cuando en nuestras correrías para cazar pajaritos pasábamos por allí, pero ningún mozuelo osaba arrancarlas por el temor que en nuestras mentes habían sembrado las habladurías de los timoratos pobladores: el Cojo Eugenio ha colocado yatama a sus frutales. Nadie sabía que cosa era la yatama, solo que la había colocado aquel temido brujo y eso era suficiente para no atreverse a tocar siquiera la fruta que hundió a Adán.

NO SABÍAN DE QUÉ HA VIVIDO...

Relato

En los velorios de difuntos, los penipampinos demuestran una solidaridad en altísimo grado, como en pocas comunidades se ve, siempre copartícipes del dolor están junto a los doloridos familiares.

Había muerto don Eliseo. Llegaron al velorio los paisanos trayendo una botella de anisado, aguardiente, coca, un tarro de café, u otras provisiones para preparar la comida para dolientes y visitantes. Un grupo de amigos habían hecho una “chanchita” para comprar un carnero, para el caldo de cabeza y de mondongo, infaltable en estos menesteres. Qué caray, era un muertito y tenía que haber su caldo.

Don Eliseo nunca tuvo oficio ni beneficio, sin embargo su mujer conseguía los medios económicos para poner la mesa y educar a sus tres pequeños hijos lavando

ropa, ayudando en cocina, en los amasijos para cumpleaños o para la fiesta patronal, demostrando dedicación plena a su hogar, a tal punto que sufragaba alguna borrachera de su marido.

Animados por las copitas que repartía don Osías, experto preparador de “calientitos”, infaltable en los velorios de difuntos, los asistentes se contaban los chascarros, anécdotas cuyo personaje principal era el difunto. Se recordaba que todas las personas después de muertas siempre son buenas, porque cuando ya entregaron las Tablas, no se dice de sus malas obras. De pronto uno de los circunstantes dijo:

- Y de qué pué ha muerto el finadito.

A lo que don Desiderio, el más hablador del grupo dijo:

- *¡No sabemos de quihá viviu, vamos a saber de quihamuerto!.*

LA HERMOSURA

Relato

Era el ajetreo de siempre, gentes que llegaban al aeropuerto desde el interior del país y desde el extranjero, o que esperaban viajar, arrastrando, apurados, maletas o carretas de equipaje; familiares y amigos que los esperaban matando el tedio leyendo el diario, resolviendo crucigramas o sudokus, o descubriendo expresiones inesperadas en los rostros de los que esperan, mirando a los viajeros o a las tripulaciones de los aviones, me acordaba de aquella frase *“el que espera desespera”*

Tres aeromozas salían calmosas, arrastrando con delicadeza sus azules maletas de viaje, conversando en voz baja y con ademanes meticulosamente calculados,

expresivos, caminaban como por una pasarela, al compás de la “Marcha Triunfal” de la Aída de Verdi, que suave dimanaban los parlantes de la sala de espera, marchaban como sobre algodones, siguiendo líneas imaginarias, rectas, sobre el piso, sus muslos abrían las minifaldas partidas que los diseñadores del uniforme las habían dispuesto a propósito para que los mirones percibiéramos mejor ese tan femenino atributo de las hijas de Eva, iban erguidas, sus esbeltos cuellos sostenían unos hermosos rostros cuidadosamente maquillados, con unos ojazos azules, orladas con ojeras turquí y labios exuberantes, nacarados; unas reinas de belleza, cualquier superlativo quedaría corto. Pasaron garbosas derramando aromas de caro Chanel que inundaron el ambiente hasta la salida. La puerta de vidrio se abrió como por encanto, ¿rendida a tal derroche de belleza?

Dos conversadoras señoras que a mi lado hacían lo que yo, mirar: encandilados a las guapísimas aeromozas, quedaron mudas aleladas ante tanta belleza. De pronto una de las boquiabiertas, con no escondida envidia, con ojos exoftálmicos le dijo cantarina a su acompañante, en un muestra de coloquial decir charapa: - Tanta prosa, tanta prosa, ¡se cae el avión y se acabó de las aeromozas su hermosura!

EL ADIVINO SORPRENDIDO

(Anécdota)

Juan Sandoval, carismático y querido por la comunidad de Bellavista, director de la escuela primaria del lugar, había preparado una actuación literario musical para celebrar el aniversario de su centro educativo. Niños y niñas, padres y madres de familia, colaboraron con él con la finalidad de impactar en las comunidades aledañas, que también



como los bellavisteños celebraban a lo grande sus aniversarios.

El amplio patio de la escuela era alumbrado por cuatro linternas Petromáx y el estrado había sido adornado con ramas de palmeras traídas del temple.

A las siete de la noche, el profesor Sandoval, dio la bienvenida; los niños recitaron, cantaron y bailaron; el presidente de la APAFA, se hizo presente con su junta directiva y otros padres de familia. Antonio, amigo del profesor, que había sido invitado a participar con declamaciones, agradeció las muestras de aprecio que había recibido y luego remató recitando. Entusiastas asistentes con aplausos rubricaron la participación. Como el profesor del lugar sabía de las habilidades de “mago” del visitante, hizo que los niños solicitaran unos números de magia. Sin pensarlo dos veces accedió, para lo cual pidió un tiempo para preparar los números. Con los niños confeccionó ocho sobres con sus respectivas tarjetas; consiguió un pañuelo, monedas, una zanahoria, agujas y casino.

“El mago Germán”, presentó el número de las agujas. En éste, los asistentes recibieron una aguja, teniendo la misión de incrustarla en el dedo del mago, que está cubierto por el pañuelo. Luego presentó el número de las monedas y el pañuelo, aquí con un juego de manos las monedas “desaparecieron”, y luego las ubicó en el bolsillo de un padre de familia; hizo malabares con las barajas; y, por último, “adivinó” lo que ocho asistentes habían escrito en las tarjetas. Los asistentes aplaudieron

entusiastas demostrando su admiración. Terminó la actuación con abrazos y apretones de manos.

Al día siguiente, cuando don Antonio se disponía a retornar, se presentó una señora ofreciéndome en regalo una gallina. Conocedor de la idiosincrasia campesina, le preguntó el porqué del regalo; ella le dijo:

-Vastiacer, siusté sabe paquíé veniu. Napis ereste mago.

-No señora, no soy ningún mago.

-Ñu Antoñito, velay ayer estuve en la atuación, y por estár ociosiendo luhan limpiaui mi cuyero. Quiero que me diga quién es el desgraciaui que miá robau treinta cuyes, pacele torcer el sopino.

-Señora, le dije, cómo voy a saberlo, si yo, también estuve en la actuación.

-Hay Ñu Antoñito, le dijo, no siagausté, ustés adivino pué.

Le costó trabajo a don Antonio convencerla, tuvo que repetir los “números” y explicarle el truco de cada uno de ellos. Le enseñó la zanahoria en la que se habían incrustado las agujas y no en su dedo.

- Mi dedo no sufre, ya que es reemplazado por la zanahoria. Le dijo convincente..

- Señora, aquí están las monedas, en mi pañuelo que lo sostengo con mi mano derecha y que con golpecitos que caen en mi mano izquierda. Tiro el pañuelo al aire y las monedas “desaparecen”, y luego las ubico en

el bolsillo de un padre de familia; hizo malabares con las barajas; y, por último, para “adivinar” lo que ocho asistentes habían escrito en las tarjetas, hago que un niño escriba “Bienvenido a Bellavista”, abro otra tarjeta, la leo en silencio, memorizo la frase, pero para el público digo que allí dice “Bienvenido a Bellavista” y así repito con todas las tarjeta, de tal manera que los asistentes eran engañados.

Creo que logró convencerla, porque estando ya en el caballo, para iniciar el retorno, ella me dijo:

-Entón Ñu Antoñito, devuélvame mi gallinita.

FIN

147